

Alberto Jiménez-Becerril Barrio

Ascensión García Ortiz

In Memoriam



Para Ascen, Alberto y Clara



Estas páginas recopilan artículos, informaciones y opiniones que se escribieron o vertieron pocas horas después del atentado terrorista que acabó con la vida, el 30 de enero de 1998, del Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla, Alberto Jiménez-Becerril Barrio y su mujer, Ascensión García Ortiz.

La Ciudad no quiere olvidar a quienes fueron sevillanos ejemplares ni cómo la nación entera y los vecinos se vieron conmovidos por la cruel acción que tanta desolación produjo. Estas páginas, muy posiblemente, reproducirán el dolor que las mujeres y hombres de bien sintieron en aquellos momentos, y que quedarán en la memoria, con la esperanza de que nunca más suceda porque la sociedad logre apartar a los violentos y terroristas hasta que, poco a poco, desaparezca de ella toda violencia.

Decretos y Actos Municipales

DECRETO DE LA ALCALDÍA
POR EL QUE SE DECLARAN DOS DÍAS DE LUTO EN LA CIUDAD
Y SE CONVOCA PLENO EXTRAORDINARIO.

La Alcaldía, de acuerdo con el sentir unánime de todos los Concejales de los cuatro Grupos Políticos de este Ayuntamiento e interpretando el sentimiento de todos los sevillanos, viene en DISPONER lo siguiente:

PRIMERO.- Declarar dos días de luto en la Ciudad de Sevilla por el asesinato del Teniente de Alcalde don Alberto Jiménez-Becerril Barrio y su esposa doña Ascensión García Ortiz, dando cuenta inmediata al Pleno de la Corporación.

SEGUNDO.- Convocar un Pleno Extraordinario del Ayuntamiento de Sevilla para hoy 30 de Enero a las 10,30.

Doy Fe:

La Alcaldesa

Soledad Becerril Bustamante

El Secretario General

José Luis Vila Vilar

**PROPUESTA DE LA ALCALDÍA, APROBADA POR UNANIMIDAD
DE LA CORPORACIÓN MUNICIPAL, DE CONCESIÓN DE
LA MEDALLA DE LA CIUDAD A TÍTULO PÓSTUMO,
A D. ALBERTO JIMÉNEZ-BECERRIL BARRIO Y
A SU ESPOSA D^a. ASCENSIÓN GARCÍA ORTIZ**

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO PLENO

El terrorismo ha vuelto a asesinar cruel y alevosamente. En esta ocasión las víctimas indefensas han sido el Concejal de nuestro Ayuntamiento, D. Alberto Jiménez-Becerril Barrio y su esposa D^a Ascensión García Ortiz.

D. Alberto Jiménez-Becerril ha dedicado la práctica totalidad de su vida profesional, y sus extraordinarias dotes personales, al servicio de Sevilla, en cargos de responsabilidad en este Ayuntamiento. Esta circunstancia ya le hace acreedor a que, en estos momentos de dolor, se le otorgue, a título póstumo, la Medalla de la Ciudad, máxima distinción que podemos concederle.

Pero si el esfuerzo y el trabajo mencionado justificarían, en sí mismos, la concesión que se propone, las trágicas circunstancias de su muerte la justifican aún más, pues es evidente que ha constituido una última y gloriosa contribución al servicio de España, de Sevilla y de la democracia.

Y es de estricta justicia, además, que esta Medalla se extienda a D^a Ascensión García Ortiz que se distinguió siempre, con sus dotes personales, como excepcional esposa y compañera del Concejal asesinado y que también ha contribuido con su vida al servicio de España.

Esta Alcaldía, interpretando, además, el deseo y el sentir de todos los Grupos Municipales, se honra en proponer la adopción del siguiente:

ACUERDO ÚNICO.- Conceder la Medalla de la Ciudad, a título póstumo, a D. Alberto Jiménez-Becerril Barrio y a su esposa D^a Ascensión García Ortiz, víctimas del terrorismo.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

La Alcaldesa

*INTERVENCIÓN DEL PORTAVOZ DEL GRUPO IU-LV-CA,
LUIS PIZARRO FERNÁNDEZ, EN EL PLENO MUNICIPAL*

Como podrán comprender no me encuentro en condiciones de hacer ningún discurso político de grandes y elocuentes palabras, sólo puedo ser capaz de transmitir sentimientos de dolor y estupefacción total, sentimientos de incredulidad; aún no podemos creer lo que ha pasado.

En estos momentos no puedo comportarme como un representante político, porque mis sentimientos no tienen nada que ver con la política. Aunque efectivamente Alberto era un representante político, del Partido Popular y también del pueblo de Sevilla. Un representante que trabajaba a diario, con todos nosotros, por la ciudad, por los sevillanos, por una Sevilla que no tiene absolutamente nada que ver con la violencia, la guerra, los odios o los tiros.

Y además de todo ello, Alberto era mi amigo y compañero desde hace muchos años. Ambos entramos en el Ayuntamiento con tan sólo 26 años, hace ya más de 10. Ante esto, no puedo describir lo que siento ni ser voz de lo que en mi Grupo se siente en estos momentos.

No puedo encontrar tampoco palabras para el terrible asesinato de Ascen, que ha muerto porque estaba enamorada, apasionadamente, de Alberto.

Mi Grupo está convencido de que nada podrá ser igual a partir de estos momentos. ¡Qué diferencia Sra. Alcaldesa, entre el Pleno de hoy y el celebrado en el día de ayer! Todo va a ser muy distinto a partir de ahora, porque jamás se podrá olvidar en este Ayuntamiento a Alberto y a Ascen, porque algo se nos ha muerto a todos con ellos, algo se le ha muerto a Sevilla.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

*INTERVENCIÓN DEL PORTAVOZ ADJUNTO DEL GRUPO PSOE-A,
JOSÉ MARÍA ROMERO CALERO, EN EL PLENO MUNICIPAL*

Es muy difícil, imposible, transmitir hoy aquí el sentimiento que nos embarga a todos por el asesinato de Ascen y Alberto, al que tuve ocasión de conocer en el Parlamento de Andalucía, hace unos años, cuando él era un chaval que empezaba a vivir en el mundo de la política, transmitiendo a todos su entusiasmo. Más tarde he tenido ocasión de conocerle aún más en el Ayuntamiento y, desde la lealtad de un adversario político, he convivido con él, siendo todos partícipes, más allá de los tópicos que se pueden decir en estos casos, de su enorme amor por Sevilla, de su dedicación y de su honradez. Insisto en que siendo un adversario político, siempre lo ha sido de forma leal.

Alberto y Ascen eran, sobre todo, una pareja feliz y enamorada que vivían, cada día, de forma apasionada y que, además, transmitían a todos esa forma de vivir. Pero nos los han arrebatado esta noche por algo que nada tiene que ver con la política o las ideas, sino sólo con el fanatismo y la sinrazón, y por trasladar a una tierra que siempre ha sido de concordia, abierta a todos, el terror por el terror.

Nos vamos a sobreponer ante este tremendo golpe. Los terroristas, los asesinos, tienen que saber que enfrente no tienen sólo a los Concejales del Partido Popular, porque hoy, más que nunca, todos somos Concejales Populares. Por ello, ¡Querida Alcaldesa, queridos compañeros y compañeras del Partido Popular, habéis de saber que los Concejales Socialistas hoy sienten que lo son del Partido Popular!

Además, el Grupo Socialista quiere transmitir a todo el mundo ese sentir que va más allá de la solidaridad, porque es un sentimiento para poder expresar a los hijos de Alberto y de Ascen, el día de mañana: que la muerte de sus

padres sirvió para algo, y que no tengan duda de que el sacrificio de ambos ha servido para que la Ciudad de Sevilla, que tanto amaban ellos y tan intensamente vivían, siga siendo un ejemplo y un crisol de las mejores virtudes humanas y sociales.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

*INTERVENCIÓN DEL PORTAVOZ DEL GRUPO PA, ALEJANDRO
ROJAS-MARCOS DE LA VIESCA, EN EL PLENO MUNICIPAL*

La Ciudad de Sevilla ha amanecido hoy teñida con la sangre de un hombre que le dedicó la mayor parte de su vida, con la de su mujer, y con las lágrimas de sus hijos, así como también con el desgarró de sus amigos y compañeros de todos los Partidos Políticos, y de los que no tienen partido alguno, y de toda Sevilla que, aunque es la Ciudad de la luz, ha amanecido hoy como si fuera de noche.

Ayer fue en Euskadi, hoy ha sido en Andalucía, pero ¿dónde será mañana? España entera viene sufriendo, desde hace demasiados años, esta enorme tortura. Unos matan, matan y matan, pero otros votan y apoyan a los que matan. Frente a unos, la policía y la justicia implacable, pero ¿y frente a los otros? Parece que no hay salida a esta tragedia, pero la humanidad, desde sus orígenes, ha vivido enormes tragedias, unas veces por la injusticia, otras por atentados a la libertad, otras por la violencia. A pesar de ello, hubo gentes que creyeron en la belleza de la vida, que tuvieron fe en la bondad del género humano, que no perdieron la esperanza y que no se rindieron, encontraron el camino y vencieron.

Le toca a los políticos y a los gobernantes mostrar al pueblo el camino, no pudiéndose aceptar esta condena, no ya sólo a la muerte de hombres y mujeres inocentes, sino a un pueblo entero a la desesperanza, tristeza y oscuridad.

Desde esta Sevilla, Ciudad de la alegría, de la paz y de la tolerancia, hemos de levantar un grito desgarrado de rebeldía, porque no nos rendiremos, no nos arrebatarán ni la alegría, ni la paz, ni la tolerancia, ni el amor de los unos a los otros y siempre nos mantendremos de pie aunque, uno a uno, vayamos cayendo todos.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

*INTERVENCIÓN DE LA PORTAVOZ ADJUNTA DEL GRUPO PP,
CARMEN DIZ GARCÍA, EN EL PLENO MUNICIPAL*

Es éste, quizás, el peor momento de mi vida, al tener que hablar porque falta en su sitio nuestro querido amigo y compañero Alberto. Se nos ha ido el Concejal, nuestro compañero, pero fundamentalmente porque lo era por encima de cualquier otra cosa, nuestro amigo. Lo era de todos: de los Grupos Políticos, de todas las personas, de los trabajadores y de los sevillanos. Era muy querido en la Ciudad, donde contaba con numerosos amigos, con algunos de los cuales habría estado la noche pasada y que ahora le estarán echando de menos.

Quiero recordar de Alberto los momentos más entrañables y alegres, ya que fue una persona que siempre estaba alegre, bromeaba y organizaba las cosas más divertidas; y por ello conservo un cariñoso y entrañable recuerdo de él; como tan sólo hace unos momentos recordaban los demás portavoces porque era una persona ejemplar.

Quiero, igualmente, recordar a Ascen, porque también era ella amiga de todos, ya que siempre estaba con Alberto, así como a sus hijos, que en muchas ocasiones han estado en esta Casa al venir, sobre todo por la tarde, a recoger a su padre. Recuerdo la imagen de Alberto con sus niños agarrados de la chaqueta y su esposa del brazo, y me hace sentir un gran dolor.

Los asesinos de ETA no van a poder con nosotros. Los Concejales del Partido Popular están más unidos que nunca y, además, como tienen la razón, frente a los asesinos, triunfarán sobre ellos.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

*INTERVENCIÓN DE LA ALCALDESA DE SEVILLA,
SOLEDAD BECERRIL BUSTAMANTE, EN EL PLENO MUNICIPAL*

El terror nos ha dejado, durante unos instantes esta madrugada, con la voz congelada y el alma acongojada. El dolor de la familia, de los niños, he de confesar que ha hecho presa en mí durante toda la noche, pues no he hecho más que pensar en los tres hijos de este matrimonio.

¡Cuánto dolor inútil, cuánto terror que produce desolación, destroza las familias y lleva a los ciudadanos a preguntarnos cuánto tiempo más vamos a poder y a tener que soportar a una banda de asesinos, entre nosotros, a tener que soportar a unos pocos que quieren acabar con los demás e impedir la convivencia de un país y de una tierra como Andalucía!

El Segundo Teniente de Alcalde, Delegado de Hacienda, que ha muerto junto con su esposa, asesinados la pasada noche en pleno corazón de la Ciudad, era un hombre de bien y cabal, sin haber hecho más que dedicar los mejores años de su vida, tenía 37, a la Ciudad. Había sido Concejal más de 12 años y durante un período de tiempo fue Diputado en el Parlamento de Andalucía, y vivió plenamente dedicado a Sevilla y a sus problemas, como también a los de su Hacienda, y sentía, ilusionaba, y esforzaba o enfadaba por cualquier problema de la Ciudad, ya fuera de su responsabilidad o no. Su mujer, Abogada y Procuradora ante los Tribunales, también sentía y se preocupaba por nuestra Ciudad.

Alberto, nuestro Segundo Teniente de Alcalde, además de ser un Concejal excelente, inteligente y capaz, era un vecino de bien de Sevilla, y eso es lo que nos han quitado a todos esta noche, a unos padres, a unos hermanos y a un Concejal. A ambos, los vamos a echar de menos desde esta misma mañana.

¡Concejales del Partido Popular y Concejales del Ayuntamiento de Sevilla, no nos pueden doblegar! Tenemos que seguir trabajando por la Ciudad, porque ello es lo que Alberto quería que se siguiese haciendo y por ello hemos de continuar todos los días celebrando nuestros Plenos e, incluso, debatir los Presupuestos, porque Sevilla debe tenerlos para poder continuar trabajando con firmeza, con vocación de Concejales, de vecinos y ciudadanos.

Ruego a todos los partidos políticos que no haya fisuras en la lucha contra el terrorismo, porque esa es la mejor baza que se puede dar a los terroristas.

Pido a la Ciudad que, dentro de unas horas, cuando hayamos dado sepultura a nuestros compañeros y amigos, se eche a la calle a manifestarse contra este terror que no lo es sólo en el País Vasco, sino también en Andalucía y su capital.

Se ha concedido, por acuerdo de todos los Grupos Políticos Municipales, la medalla de la Ciudad a Alberto Jiménez-Becerril Barrio y a su mujer Ascensión García Ortíz, porque ambos lo merecían, pues han sido dos extraordinarios y excelentes vecinos de la Ciudad. Les acompañaremos en el último adiós, teniendo la mirada puesta en sus familias, en sus hijos, y con el deseo de que ni nosotros ni las futuras generaciones de Sevilla los olviden.

Sevilla, 30 de Enero de 1998

*INTERVENCIÓN DE LA ALCALDESA DE SEVILLA,
EN EL ACTO DE IMPOSICIÓN DE LAS MEDALLAS DE LA CIUDAD,
A D. ALBERTO JIMÉNEZ-BECERRIL BARRIO
Y A D^a ASCENSIÓN GARCÍA ORTIZ.*

Sevilla no ha sido una excepción. El terrorismo también ha llegado para producirnos desolación y tristeza infinita. Alberto Jiménez-Becerril, Segundo Teniente de Alcalde, ha sido una inocente víctima y también su querida y bondadosa mujer, Ascen. Nuestro dolor es inmenso y no hay posible comprensión ni explicación. Si la hubiera no sería una acción irracional. Y la banda terrorista ETA es la sinrazón. Nos cabe pedir por su eterno descanso, confiar y creer en que reposen en paz. Su vida como concejal ha sido la de un servidor público, con vocación de trabajar por su ciudad. Y lo ha hecho con el optimismo y la vitalidad de un hombre joven, inteligente y agudo. Y ha dicho y hecho muchas cosas sobre la ciudad: sobre su hacienda, su economía, su territorio, sus servicios asistenciales y básicos.

Y como persona era el padre de familia ante el que todos sonreíamos pues él, su mujer y sus hijos eran todos una misma cosa. Alberto, Ascen y los niños, todos juntos en la cabalgata, en la cofradía, en la puerta del Ayuntamiento. Esa era su estampa. Un hombre de bien, una persona honesta, un honrado padre y un marido que amaba a su mujer. Y ella, Ascen, una mujer llena de bondad, de bien y de firmeza. Los dos merecen el reconocimiento de la ciudad, la gratitud triste y apesadumbrada de toda esta Corporación que hoy les concede la Medalla de la Ciudad con lágrimas en los ojos y con la esperanza de que ningún español más muera por causa del terrorismo, porque ni ellos ni ninguno lo merecían ni lo merecen.

Sevilla, 30 de enero de 1998

NO 8 DO

BANDO

Sevillanos:

El terror ha sembrado el luto en nuestra ciudad con el asesinato en el día de ayer del Segundo Teniente de Alcalde de nuestro Ayuntamiento, Alberto Jiménez-Becerril Barrio, y de su esposa, Ascensión García Ortiz. Tal crimen ha convertido en huérfanos a sus tres hijos de corta edad.

Ayer, acordamos que la ciudad guardara dos días de luto y en Pleno extraordinario de la Corporación, decidimos otorgar a ambos la Medalla de la Ciudad.

Pero no ha sido sólo el luto oficial. Las concentraciones de ayer de tantos miles de ciudadanos y las largas colas que habéis hecho para visitar la Capilla Ardiente, ponen de relieve que también el corazón de muchos ciudadanos se ha visto conmovido por tanta barbarie.

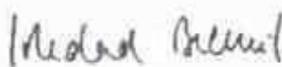
El asesinato de dos personas de bien que, cada una de ellas en el ejercicio de su profesión, habían dado muestras de un inmenso cariño a la ciudad, es la causa de tanta manifestación de condolencia como estamos recibiendo.

Los asesinatos de ayer, como otros anteriores, pretenden acabar con la democracia y el espíritu de convivencia que la inmensa mayoría de los españoles hemos querido darnos. Recuerdo que hace pocos días, el Papa Juan Pablo II decía en Cuba que la democracia era el sistema más armónico con la naturaleza humana.

Sevilla ha sido siempre una ciudad tolerante, abierta a todas las culturas, acogedora con los visitantes, orgullosa de su historia, y no debemos permitir que el odio y el terror se instauren entre nosotros.

Para mostrar nuestra solidaridad con las dos víctimas os invito a participar en la Misa Funeral que tendrá lugar hoy a las once de la mañana en la Santa Iglesia Catedral, así como para defender nuestra convivencia y mostrar nuestro rechazo al terrorismo, os animo a acudir a la manifestación convocada por todas las fuerzas políticas y sociales, que se celebrará hoy a las seis de la tarde y que tendrá su inicio en la Pasarela para concluir en la Plaza Nueva.

Sevilla, 31 de Enero de 1998
LA ALCALDESA



Soledad Becerril Bustamante

*INTERVENCIÓN DE LA ALCALDESA DE SEVILLA
DESDE EL BALCÓN PRINCIPAL DEL AYUNTAMIENTO,
TRAS LA MANIFESTACIÓN CONTRA LA VIOLENCIA*

Sevillanos y Sevillanas:

El terrorismo ha golpeado cruelmente a nuestra ciudad y se ha llevado a dos vecinos ejemplares, Alberto Jiménez-Becerril y su mujer Ascensión García Ortiz. Alberto era concejal del Partido Popular, Teniente Alcalde Delegado de Hacienda del Ayuntamiento de Sevilla.

Alberto y Ascen querían y sentían a Sevilla. Amaban la libertad y creían en la justicia; tenían ganas de vivir y de trabajar, cada uno desde su ámbito profesional. Los dos demostraron su cariño y su orgullo por Sevilla. Y no tenían miedo. Lo demostraron como en estos momentos lo hacemos todos los andaluces en la calle, con el apoyo de toda España.

Les despedimos con mucho dolor y mucha tristeza porque este crimen, tan horrible como absurdo, ha conmovido el corazón de todas las personas de buena voluntad que defendemos la tolerancia y la libertad.

Compartimos la amargura de esta familia desolada, rota hoy por la pérdida irreparable de los padres queridos; pero quienes sólo saben disparar por la espalda no van a atemorizar a un pueblo fuerte como el nuestro, a una ciudad acogedora y de paz como Sevilla. No podrán con nosotros.

Los que estamos aquí, y los que desde toda España, se unen a nosotros, somos mucho más fuertes y más valientes que ellos, y lucharemos para que la libertad y la paz venzan sobre las pistolas de unos pocos.

El dolor que nos causa la irracionalidad de ETA va a seguir en nuestros corazones porque Alberto y Ascen continuarán en nuestra memoria para siempre. Sevilla no se va a parar y, con serenidad, cada uno de nosotros debe

procurar trabajar por la ciudad y disfrutar de ella, orgullosos de su historia y de sus vecinos. Eso es lo que ellos hubieran querido.

No es la primera vez que el terrorismo golpea a Andalucía. Recordamos también a las víctimas de Córdoba, Granada y Málaga. La violencia no es un problema del pueblo vasco; es un problema de todos los españoles. Hoy lo estamos viviendo aquí, y la rabia y la pena nos hace sentirnos unidos a los vascos de bien, a la inmensa mayoría del pueblo vasco.

Andalucía no se va a doblegar. Miles de concejales y cargos públicos de todos los partidos democráticos vamos a seguir trabajando porque hemos elegido la democracia y la tolerancia como forma de vivir en paz.

Los asesinatos de Alberto y Ascen y de todas las víctimas del terrorismo tienen que servir para reforzar nuestra lucha diaria por la paz, porque la sociedad demanda nuestra unión y con serenidad tenemos que lograr aislar a ETA de toda la sociedad.

Los ciudadanos, los partidos políticos y las fuerzas sociales y económicas, juntos, venceremos al odio y a la violencia.

Tomo ahora, prestados los versos del sevillano Juan Sierra que hace pocos días recitaba Alberto, aquí en este Ayuntamiento, con ocasión de la conmemoración de la Generación del 27, y así creo recoger el sentir de Sevilla y traer a la memoria al que fue Teniente de Alcalde y a su mujer, buenos vecinos, ejemplares servidores y trabajadores, mujer y hombre de bien.

A la poesía de Rafael Laffón

"Atrio justo de sol y de figura,
secreta lealtad, gloriosa pena,
agua junto al rosal, docta, serena,
silencio con olivas de amargura.

Alabeada y simple arquitectura,
sabia rama de luz que fiel ordena
vertiente de Sevilla tan morena
que en cada flor y cal pone ternura.

Hilos de sangre y paz, surco logrado,
tu verso en el camino desolado
labró mi alma con tan recia espera,

que no habrá de engañarse mi albedrío
cuando ya sienta, Rafael, el frío
mortal de la celeste primavera."

Sevilla, 31 de enero de 1998

Soledad Becerril Bustamante

Funeral en la Catedral

*HOMILÍA DEL ARZOBISPO DE SEVILLA,
FRAY CARLOS AMIGO VALLEJO, EN LOS FUNERALES POR
DON ALBERTO JIMÉNEZ-BECERRIL
Y DOÑA ASCENSIÓN GARCÍA ORTIZ*

Habíamos pensado, más con la esperanza que con la falta de sospechas, que ya no volvería a repetirse. Tan grande era el crimen y tanto el rechazo popular, que parecía imposible tener que llorar de nuevo ante las víctimas de tan brutales asesinatos. Ahora, Sevilla. Y nos faltan palabras para explicar lo que de ninguna manera queremos comprender. Lo nuestro no es la muerte, ni la violencia, ni la injusticia, ni el odio. Nos incomoda y rebela. En cambio, nos sentimos tan a gusto e identificados con la paz, con la justicia, con el reconocimiento de los derechos que a cada uno le asisten, con el respeto a los demás, con la valoración de la vida y de la persona. No tenemos palabras para el mal. Del bien, que nadie se canse de buscarlo y de compartirlo.

Tristeza en los semblantes y resentimientos contenidos. En la mente de todos un persistente interrogante: ¿Por qué? Y no encontramos explicación alguna justificable. Nuestra razón se enturbia y confunde ante el triste pensamiento de ver cómo unos hombres, quizás también jóvenes como el matrimonio asesinado, empleen su fuerza para el mal. ¿En aras de qué ideales? ¿Qué sociedad se puede construir bajo el imperio del terror, del asesinato y de la violencia?

Son otros ideales y otros caminos los que buscan los hombres de bien. Una sociedad, un pueblo, donde los valores y derechos de la persona sean celosamente respetados. Solamente desde la paz se puede pensar en construir la paz. Habrá que comprender que metas tan grandes y deseadas necesitan del trabajo y del esfuerzo de todos. De una manera particular, de aquellos que han sentido la vocación al servicio del bien común, al ejercicio de la actividad política.

Noble oficio el de trabajar por el bien de la comunidad, del pueblo. Para nosotros, la presencia del cristiano en la vida pública, en las acciones sociales, es una exigencia de la fe, de la responsabilidad del hombre llamado por Dios para formar comunidad con otros hombres. Pues el gran reto, para quienes orientan su vida desde el evangelio, es el del amor fraterno, el de la solidaridad, el de la justicia y el respeto a los derechos individuales y sociales. Ante estos desafíos, la comunidad cristiana solamente puede responder con la defensa de aquello que son los valores fundamentales de la persona humana: su dignidad como hombre, sus derechos individuales y sociales, su vida, su fe en Dios.

Discursos, todos éstos, que pueden sonar a palabrería sin sentido y como disculpa para evadirse ante la dificultad de expresar todo lo que uno siente ante el asesinato y la increíble violencia que padecemos. Hay una sensación de impotencia donde la fe es el único instrumento que nos queda para comprender tantas sinrazones.

Recordaba el Concilio Vaticano II que la comunidad política y la autoridad pública pertenecen al orden previsto por Dios, aun cuando la determinación del régimen político y la designación de los gobernantes se dejen a la libre designación de los ciudadanos. Los cristianos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política.

Noble oficio es el de la actividad política. Incluso se habla de la caridad política, "de un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, en favor de un mundo justo y más fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres. La entrega personal a esta tarea requiere generosidad y desinterés personal. Cuando falta este espíritu, la posesión del poder puede convertirse en un medio para buscar el propio provecho o la propia exaltación a costa del verdadero servicio a la comunidad, que debe tener siempre la prioridad en cualquier actuación pública. Impera en nuestra sociedad un juicio negativo contra toda actividad pública y aun contra quienes a ella se dedican. Nosotros queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad; cuando el compromiso social y político es vivido con verdadero espíritu cristiano se convierte en una dura escuela de perfección y en un exigente ejercicio de las virtudes. La dedicación a la vida política debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre".

La cita ha sido larga. Ha querido ser un pequeño homenaje a los que nos sirvieron a todos y dejaron su propia vida por defender un trabajo que nunca podrán comprender los violentos, los enemigos de la libertad y de la paz. Y la cita es parte de un documento importante de los obispos españoles: Católicos en la vida pública.

Desde este reconocimiento agradecido a cuantos nos ayudan y sirven desde el ejercicio de la política, de la función pública, también la súplica de que no se dejen llevar por opciones partidistas que rompan esa unión necesaria y sin fisuras ni ambigüedades para luchar juntos en favor de la paz y del bienestar de todos.

Dice la Escritura que son dichosos los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras los acompañan. Para el que muere, la bondad de sus obras es prenda y recomendación de vida eterna. Para los que quedamos en este mundo, lección que aprender y guardar para que el trabajo sea fecundo en obras de bien.

Hemos ido recorriendo, con la memoria y el afecto, la vida de Alberto Jiménez-Becerril y de su esposa Ascensión. Pero ha llegado la muerte. ¿Todo ha terminado con la muerte? El amor que demostraron a su patria, a su ciudad, a su familia, a sus hijos, ¿no supusieron un gran sacrificio y una ejemplaridad que ayudan a comprender y a guardar preceptos y valores fundamentales en la vida de los hombres? Para el que muere, la bondad de sus obras es prenda y recomendación de vida eterna. Para los que quedamos en este mundo, lección que aprender y guardar para que el trabajo sea fecundo en obras de bien.

Hemos condenado, y lo repetimos ahora, estos asesinatos. Pedimos a Dios que cese la violencia. No queremos que haya odio ni deseos injustos de venganza. Pero ni comprendemos ni queremos admitir que la muerte, la extorsión, el secuestro, la intimidación de las personas, el miedo, el terror, la violencia y la injusticia sean la solución para nada. Desde nuestra fe cristiana podemos perdonar y hasta deseamos poder querernos como hermanos. Pero vosotros, los que tanto dolor y tanto mal nos habéis causado, no nos podéis pedir que renunciemos a la justicia y a buscar sin descanso, y por todos los medios legítimos, la paz que tanto deseamos.

La muerte es una realidad que se va haciendo presente a lo largo de todos los días. Es participación en la muerte de Cristo. En el bautismo, se muere al pecado para entrar en una vida nueva. El afán y el trabajo de cada día hacen sentir el peso de la cruz. La mortificación y la penitencia por el pecado cometido, son como desgarrones de muerte que van purificando del mal y

llenando al hombre de vida. Y la muerte corporal, que es destrucción de todo lo visible para que en el hombre se vea ya la imagen viva de Cristo.

Todos estos pensamientos, no sólo no evaden de nuestras responsabilidades mientras caminamos por este mundo. Es evidente que la comunidad cristiana se traicionaría a sí misma si olvidara el ministerio de denunciar las injusticias que humillan y degradan a los hombres, si no sintiera la herida de la miseria, si no fuera solidaria, si no buscara la libertad individual y colectiva, si no trabajara por la paz, por el entendimiento entre los hombres, si no promoviera y apoyara el progreso social. Pero, igualmente, se traicionaría a sí misma si eligiera un camino para la salvación que no es el del evangelio y de las bienaventuranzas, si redujera la Redención a meros efectos temporales, si no promoviera la convivencia en el amor fraterno, si buscara la violencia o la intolerancia como solución, dejándose secuestrar la verdadera salvación anunciada por Jesucristo.

Nos faltan las palabras. Y las pone Cristo: Yo soy la resurrección y la vida. Nos faltan razones y motivos para comprender. Y la Escritura nos dice que en la vida y en la muerte somos del Señor. Nos falta luz para iluminar tanta duda y perplejidad. Y escuchamos el evangelio: Yo soy la luz del mundo, el que camina con Jesucristo no conocerá las tinieblas. Nos faltan las fuerzas y el Señor sale a nuestro encuentro y nos da el pan que necesitamos: Yo soy el pan de vida y el que coma de este pan vivirá para siempre. Este es pues el alimento de la vida eterna que pedimos para nuestros hermanos difuntos.

Sevilla, 31 de Enero de 1998

*MENSAJE DE LA SECRETARÍA
DE ESTADO DEL VATICANO*

Monseñor Carlos Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla:

El Santo Padre ha recibido con hondo pesar la triste noticia del asesinato del matrimonio Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz, y expresa una vez más su enérgica reprobación de los actos de terrorismo, que atentan contra la pacífica convivencia y ofenden los sentimientos más profundos del ser humano.

Su Santidad ofrece sufragios por el eterno descanso de los fallecidos y, espiritualmente cercano a los tres hijos que en edad tan temprana se han visto privados de sus padres, eleva sus plegarias para que Dios les conceda a ellos y a los demás familiares su consuelo, pidiendo asimismo al Señor que los ciudadanos de la querida nación española, que tantas veces han manifestado su voluntad de vivir en paz, puedan disfrutar de un ambiente social de tolerancia, respeto y concordia en el que no se vea amenazado el fundamental derecho a la vida. Con estos sentimientos imparte la confortadora bendición apostólica.

Sevilla, 31 de Enero de 1998

Cardenal Ángel Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad

Artículos y Opiniones

TANTOS COMO ALBERTO

Cuando llegué a Sevilla en septiembre de 1984 para trabajar en ABC, la ciudad estaba sacudida por el asesinato, perpetrado por los Grupos, de Rafael Padura, presidente de la Confederación local de empresarios. Estúpido e inútil como todos los atentados criminales, la capital hispalense había sentido por primera vez en sus carnes el zarpazo del terrorismo ciego al ver caer a manos de unos vulgares pistoleros a un hombre honrado, a un modesto comerciante sin relieve en la política nacional, facilísimo objetivo en las dependencias de su céntrico establecimiento para quien se propusiera segarle la vida. La convulsión de los sevillanos era enorme: nunca anteriormente se había producido un atentado terrorista; nunca jamás se había sentido tan cerca la sensación de que todos podemos ser en cualquier momento diana de las balas asesinas.

La pasada madrugada, al recibir en Madrid el impacto de la noticia del atentado mortal contra Alberto Jiménez-Becerril Barrio y su esposa, Ascensión García Ortiz, y casi sin tiempo para reflexionar en medio de la febril actividad de la Redacción, se me vino a la memoria aquella imagen desoladora de Rafael Padura tendido en el pequeño despacho de su tienda de papelería y artes gráficas, como si escena tan lejana hubiese sucedido sólo un segundo antes de estas otras muertes ocurridas de madrugada trece años después.

Alberto Jiménez-Becerril era, en aquel tiempo definitivamente lejano, un joven estudiante de la Facultad de Derecho, militante de Nuevas Generaciones y muy implicado en la vida de su partido, al que se prestaba con entusiasmo y dedicación. Tengo de él la imagen de un muchacho sereno, con grandes dosis de aplomo, que contaba hasta cinco antes de hacer ningún pronunciamiento, por lo que resultaba difícil oírle decir cosas que se apartasen de lo que dicta el sentido común. Alberto pertenecía a esa joven generación de cachorros del centro-derecha que creían firmemente en la

posibilidad de un proyecto político moderado y lo defendían con solvencia y gallardía en una Andalucía en la que por entonces su partido apenas representaba un tercio del voto popular. Él y cientos de muchachos como él emprendían por aquel tiempo una larga travesía que habría de conducir al Partido Popular al gobierno de los Ayuntamientos de las ocho capitales andaluzas, además de otros municipios importantes y algunas Diputaciones, así como a una presencia de hasta cuarenta y cuatro diputados en un Parlamento regional integrado por ciento nueve en el que gobiernan históricamente la izquierda y sus coaligados.

La realidad de la Comunidad Autónoma de Andalucía no podría entenderse hoy sin la presencia en la actividad política local de cientos y cientos de Concejales que desde las listas del centro-derecha han ido ocupando puestos de responsabilidad en grandes, medianos y pequeños Ayuntamientos, asumiendo tareas de gobierno o contribuyendo desde los bancos de la oposición al deseable correctivo del poder mayoritario. Andalucía, por sus muy especiales características, por su histórico abandono industrial, por la fuerte presión del medio rural y por las altas tasas de desempleo que secularmente padece, es acaso la región más complicada para el centro-derecha y para hacer llegar su mensaje político. De ahí la esperanza que representaba esa alegre generación de muchachos que como Alberto Jiménez-Becerril aportaban al ideario de su partido un talante nuevo y una nueva manera de estar presentes en la vida pública.

Las nuevas gentes del Partido Popular en Andalucía ya no responden al viejo cliché de la derecha caciquil, y en la misma medida en que el concepto de propietarios ha dado paso al de empresarios, el centro-derecha se ha ido nutriendo de personas de toda condición social que en muchas ocasiones están tan equidistantes de la izquierda como de aquella derecha bastante impresentable que configuró toda una época felizmente superada de privilegios y explotación. Como Alberto Jiménez-Becerril, son legión los militantes del centro-derecha andaluz que creen en la iniciativa privada solidaria, en la creación de riqueza y en las posibilidades de un proyecto político superador de la historia y de los enfrentamientos que tantos males proporcionaron a Andalucía. Esa corriente de opinión, en otros tiempos casi vergonzante, ha dado un giro de ciento ochenta grados gracias a un incontable número de nuevos andaluces que han salido a la calle a defender sus ideas y que con no pocas dificultades representan a su partido, en ocasiones de forma minoritaria y heroica, hasta en pequeños municipios y frente a mayorías absolutas de la izquierda inamovibles en el tiempo. Creo que la opinión pública española no ha valorado suficientemente el mérito de estos hombres y mujeres que

mantienen viva la llama de la ideología del centro-derecha y que gracias a su esfuerzo y perseverancia han logrado hacerse oír principalmente en los grandes núcleos de población. Todos ellos merecen el reconocimiento que ahora se plasma en el homenaje popular a la memoria de Alberto Jiménez-Becerril.

Millones de españoles se preguntan hoy por qué en Sevilla y por qué un Concejal del PP sevillano. Acaso en la turbia obcecación del terror, los autores de este salvaje asesinato, en el que ha caído un matrimonio lleno de vida y de ilusiones, querían proyectar su infame mensaje a todo el mundo desde una ciudad que está en permanente exposición universal desde el siglo XVII. Sevilla, ciudad famosa y navegable, resume en su imagen al exterior todas las condiciones para que al apretarse el gatillo la detonación resuene en el planeta. Alberto Jiménez-Becerril y su esposa, Ascensión García Ortiz, han caído víctimas de esa ruleta rusa del terrorismo que no logrará disuadir a los sevillanos, a los andaluces, a los españoles de la razón profunda del Derecho frente a la dictadura que jamás conseguirán imponer las alimañas.

Me quedo con una última imagen de Alberto y Ascensión, acompañados de sus tres hijos, Ascensión, Alberto y Clara, hace sólo unos días en la Basílica de la Macarena, donde los vi por última vez de forma casual. El hoy desaparecido Teniente de Alcaldesa del Ayuntamiento hispalense era este día cercano aquel mismo muchacho grandullón, entusiasta y buena gente que conocí hace más de trece años: un hombre honrado, convencido de que su servicio a los demás no era estéril. Y a fe que no lo será.

Francisco Giménez Alemán
ABC, 31 de enero de 1998

ALBERTO, SIEMPRE EN EL CORAZÓN DE SEVILLA

Nació, no podía, no quería negarlo, en Sevilla, en el barrio de La Calzada, el 12 de agosto de 1960. Estudió en el colegio Portaceli y luego hizo Derecho. En la facultad conoció a Ascen, la mujer con la que decidió compartir la vida y que, lamentablemente, le acompañó también en su trágica muerte. Con ella se casó y compartió día a día, casi minuto a minuto, buena parte de su corta vida, de sus cortas vidas, dejando como fruto de su relación tres pequeños, Ascensión, Alberto y Clara, que la demencia terrorista ha dejado huérfanos en un segundo de odio, estrépito y sinrazón que los marcará para siempre y que no conseguirán explicarse nunca.

Alberto se metió en política porque estaba empeñado en mejorar las cosas y porque, como él mismo confesó a los autores del libro "Infancias bajo el cielo azul de Sevilla", Adolfo de los Santos Sánchez-Barbudo y Alfonso Blanco Picabía, le preocupaba el hecho de que Sevilla, su ciudad, perdiera "el alma". Tomada la decisión, optó por el Partido Popular que muy pronto, consciente de su valía, lo incorporó a sus listas municipales, lo que le llevó directamente al Ayuntamiento de la ciudad en 1987, hace ya diez años, hace apenas diez años. También fue diputado del Parlamento Andaluz, pero aquello duró poco porque no tardó en dedicarse en exclusiva a su gran pasión, su ciudad, lo que le llevó a sumergirse plenamente en los asuntos de la Casa Grande de San Francisco.

Desde entonces y hasta la pasada madrugada, horas, muchas horas, miles de horas de dedicación a Sevilla, primero desde las delegaciones de Salud y Consumo, preocupado en la puesta a punto de los mercados de la ciudad, en solventar los mil problemas urgentes del día a día de una ciudad cada día mayor y más exigente; era, al tiempo, "alcalde" de Triana, conocedor profundo de los problemas del histórico arrabal, de cada uno de sus rincones, de sus muchas carencias y de sus nunca satisfechas necesidades.

Y además de "alcalde" trianero, fue también, probablemente, el más entusiasta de su fiesta más señera, la "Velá" que vivía, por obligación pero también con auténtica devoción, desde el principio hasta el final, desde el Altozano hasta el Hotel Triana, Betis arriba y abajo siempre con Ascen, sonriente, vital, enamorada, colgada del brazo y saludando efusivo a conocidos que, al poco, subyugados por la personalidad desbordante de una pareja como pocas, pasaban a engrosar su abultada nómina de amigos.

A los tiempos de aquellos inicios en los que se fue fraguando el político que llegado el caso era tan duro como el rival más duro, el negociador infatigable, el rival más ácido y que no apagaron un ápice su espíritu jovial y bromista, su talante abierto, su risa expansiva, sucedieron otros de mayor responsabilidad cuando le llegó el momento, corría entonces el año 1993, de asumir la delegación de Hacienda y Gobierno Interior y hacerse cargo, ahí es nada, de la gestión de los dineros y de la organización de los trabajadores del Ayuntamiento de Sevilla. Desde entonces, años de lucha contra la inflación, contra las deudas atrasadas, haciendo posible proyectos que demandaban inversiones imposibles mientras con la otra mano -la buena mano izquierda de un político de derechas- aplacaba las siempre insatisfechas exigencias sindicales.

Al político, a este político al que, al margen de discrepancias ideológicas, hoy se le reconocen unánimemente la bonhomía y la dedicación, lo asesinó un pistolero emboscado en el corazón de Sevilla en una noche fría cuando, con Ascen, como siempre, volvía a su casa caminando despacio, paladeando, la belleza y el "alma" de su ciudad. Pero la persona, el amigo, no cayó con la bala criminal. Sigue vivo, hoy más que nunca en el corazón de Sevilla, de la Sevilla que haciendo de tripas corazón, tragándose las lágrimas de rabia hoy le dirá , no adiós, sino hasta siempre, Alberto.

Tomás Balbontín
ABC, 31 de enero de 1998

UN JOVEN VETERANO DE LA POLÍTICA

Un niño que veraneaba en Chipiona, que montaba a caballo en la finca de su tío, el ganadero Gabriel Rojas. Un adolescente que salía de nazareno con la hermandad trianera de la Estrella. Un joven que estudió Derecho, se enamoró de una compañera de Facultad y se aficionó a la política. Un padre de 37 años y con tres niños a los que veía crecer y empezaba a acariciar la ilusión de que por fin podría darse un respiro y viajar un poco con la familia.

Un tiro en la sien con nocturnidad y alevosía segó todos los proyectos de quien se preparaba para celebrar los diez años de matrimonio y encontró la muerte con Asen, la novia de toda la vida, la madre de sus hijos. Una mujer que ejercía tal fascinación sobre Alberto Jiménez-Becerril que "parecía una concejala más", en palabras de Soledad Becerril, alcaldesa de Sevilla.

Alberto Jiménez-Becerril fue precoz en casi todo. Con 21 años entró en la directiva del Sevilla, cuando la presidía su tío Gabriel Rojas. Con 25 fue secretario general del Partido Popular en Sevilla. Con 26, Concejal. Veterano en el cargo. Jovencísimo para morir.

Después de cuatro años en la oposición, lo primero que hizo Alberto Jiménez Becerril como delegado del distrito de Triana fue homenajear al socialista Francisco Arcas, a quien nombró trianero de honor. "Mis amigos me decían: ha tenido que venir uno del PP para hacerte un homenaje", recuerda Arcas, que también fue en tiempos delegado de ese distrito sevillano conocido por sus toreros, sus artistas y sus tabernas.

"Se vanagloriaba de los amigos comunistas que tenía en Triana". Añade Arcas, que ahora regenta un bar, Las Golondrinas, del que el concejal asesinado era asiduo cliente. "El otro día lo vi comprando el pan y le dije que hacía tiempo que no lo veía por el bar. Me dijo que tenía la calle muy mala. le contesté que me diera una solución como miembro del gobierno muni-

cipal. Alberto me sugirió que me pasara por la tenencia de alcaldía y que hablara con el hombre de la sexta planta para enterarme de las deducciones. Así lo hice. Tengo hecho el escrito, pero todavía no lo he mandado", recordaba.

El último edil popular asesinado por ETA era el segundo de tres hermanos. Paco, el mayor, vive en Madrid. Teresa, la pequeña, estudió en el colegio de las Irlandesas, estudió periodismo y se casó con un italiano. En Italia se enteró de la tremenda noticia.

El que fuera hasta su muerte responsable de las áreas municipales era muy sevillano: igual se le veía en la salida de la hermandad del Rocío de Triana que presidiendo en la plaza de San Francisco los palcos en la carrera oficial de la Semana Santa. Antes de casarse, vivió en la casa de su tío Gabriel Rojas, constructor, ganadero de reses bravas y expresidente del Sevilla. Alberto era muy sevillista -llegó a ser directivo del club durante el mandato de su tío Rojas- como ayer recordaba su amigo Juan Salas Tornero, bético, que la víspera del asesinato estuvo tomándose una cerveza con él.

Era hermano de las cofradías de la Estrella y de la Macarena. Con la primera llegó a vestirse de rey mago hace tres años para entregarle juguetes a niños necesitados. Había hecho votos por una nueva victoria en las municipales del 99 para vivir desde el Ayuntamiento la coronación canónica de la hermandad de la Estrella, prevista para el 30 de octubre de 1999.

Llevaba 11 años en el Ayuntamiento de Sevilla. Se presentó en la lista de dicho partido a las municipales de 1987, un año decisivo en la historia política de la ciudad. Volvía entonces al primer plano Alejandro Rojas Marcos, que cuatro años después se convertiría en alcalde y socio político del partido de Alberto. Curioso: Javier Arenas, en aquel tiempo del PDP, era su adversario. Soledad Becerril hacía un ejercicio de humildad pasando de ministra a concejala, tránsito por el que se vería recompensada ocho años después con la alcaldía. Javier Arenas quiso llevarse a Alberto al Ministerio de Trabajo. No fue posible. Nadie sabe quién presionó para impedirlo, si la alcaldesa o su esposa Asen.

Asen, Ascensión García Ortiz, había confesado hace un par de años a sus compañeros de la Audiencia de Sevilla que tenía miedo por su esposo. El nombre de Alberto Jiménez era uno más en una de las listas elaboradas por los comandos de información de la banda terrorista que sirven luego a sus pistoleros para seleccionar a sus víctimas.

Manuel Muruve, presidente del Colegio de procuradores de Sevilla, al que pertenecía Ascensión desde hace 13 años, recordaba ayer la angustia de

Asen como algo lejano. La vio el mismo jueves, horas antes de su muerte "totalmente alegre y feliz, como era siempre, porque así era siempre su carácter". Asen estuvo bromeando con sus compañeros en los pasillos de la Audiencia sevillana, a la que había acudido a presentar documentos en distintos juzgados cumpliendo con su trabajo como procuradora.

La sinrazón los ha matado a los dos. Entre los que ayer se pasaron por la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento estaba Manuel Vieira, el padre de Inmaculada, la cooperante sevillana asesinada en Maputo (Mozambique). "Con esta gente hay que tener cuidado no sólo con lo que se hace y con lo que se dice", decía Vieira, "sino incluso cómo se mira o cómo se respira".

Francisco Correal
EL PAÍS, 31 de enero de 1998

ASCENSIÓN DE ALBERTO

Ahora que me siento ante el ordenador para amontonar unas líneas que expresen el dolor que me causa el cobarde asesinato de Alberto y Ascen, me supura el prurito que me asalta cada vez que inicio un artículo: quiero construir frases persuasivas, elegir con cuidado las palabras e imaginar la mirada de los lectores.

Me repugna saber que un terrorista procede así también, maquinando crímenes cada vez más fulminantes, escogiendo el mejor lugar para sus emboscadas y despreciando los ojos perplejos de sus víctimas. Asesinar a alguien a sangre fría requiere la misma premeditación, los mismos desvelos, la misma elaboración concienzuda de una columna impecable.

Tengo que decir todo esto para hacer hincapié en la abyección y crueldad de esas alimañas y para exigir la misma contundencia y precisión por parte de la justicia. Aquí en Sevilla mis amigos son mi familia, y Alberto y Ascen me regalaron su amistad desde el primer momento en que les conocí.

Más de una vez, mientras nuestros hijos jugaban, les conté cómo era mi vida en Lima durante los peores años del terrorismo senderista, sin suponer que algún día el terrorismo de ETA acabaría con las suyas en el portal donde retozaban los niños. Sus verdugos no les han asesinado por lo que representaban políticamente, sino por lo que eran realmente: ciudadanos pacíficos, padres ejemplares y personas maravillosas, imprescindibles. Por eso les eligieron. Siempre me sorprendía cómo se las ingeniaban para tener tiempo para todo: para trabajar cada uno en lo suyo, para estar con sus hijos y para salir juntos una vez por semana. No podía ser de otro modo: sus nombres estaban escritos en la misma bala como una alianza mortal. Ni la muerte les separó. Ascen, Alberto, ustedes tendrían que estar aquí con los niños y yo no debería estar escribiendo esta despedida tan triste, con líneas tan rotas como lágrimas.

Fernando Iwasaki
EL PAÍS, 31 de enero de 1998

LA GENERACIÓN DEL 87

Alberto Jiménez-Becerril era Concejal desde 1987. Aquel mandato municipal, su primer mandato, también lo fue para otros cuatro concejales que rondaban los 25 años: José Luis Villar y Pablo Ollero (PA), Luis Pizarro (IU) y Jaime Bretón (PP, entonces AP). Llegaron desde puntos ideológicos y personales muy diferentes, pero sus ganas de cambiar la ciudad acabaron por acercarlos.

Bretón, cinco años más joven que Jiménez-Becerril, compartía el trabajo de partido con él y con Juan Luis Muriel -actual secretario general de Medio Ambiente- desde 1983. "Por aquellos años era poco corriente que unos chavales se hicieran militantes de AP. Coincidíamos en que había que renovar el partido, estuvimos en vanguardia y tratamos de abrir AP a los sectores más jóvenes", asegura.

Bretón, actual adjunto al Defensor del Pueblo Andaluz, y a quien Jiménez-Becerril había sustituido en la portavocía del grupo municipal tras su marcha, considera que "empezar en un ayuntamiento, y en la oposición, es la mejor formación que puede tener un político". Pero Jiménez-Becerril nunca había ocultado su intención de dar el salto y, en los últimos meses, había confiado a algunos de sus compañeros su ferviente deseo de figurar en la lista del partido en las próximas elecciones generales.

La historia de Jiménez-Becerril y sus amistades era la historia de mucho trabajo y muchas cervezas. En los primeros tiempos, cuando la sede de AP aún estaba en la calle Virgen del Águila, las reuniones concluían en el bar El Café. Durante sus años en el Ayuntamiento, tenía por costumbre compartir una cerveza con concejales de todos los grupos tras los plenos o las comisiones en Trifón o en El Picadero. Ayer, él y su mujer murieron cuando venían de una noche de cena, copas y charla en el Antigüedades.

El andalucista José Luis Villar es tres días más joven que Jiménez-Becerril. Fueron compañeros en la Facultad de Derecho durante tres años, pero, por entonces, sus diferencias ideológicas les habían mantenido a cierta distancia. Villar asegura que Alberto "llevaba muy a gala ser un demócrata de centro, cuando, por entonces, en AP había gente muy de derechas. 'Yo qué tengo que ver con el antiguo régimen', decía".

"En aquel primer mandato del 87 nos divertimos mucho. Los cinco más jóvenes estábamos en la oposición, el PSOE gobernaba en minoría, y nos dedicábamos al pim pam pum, a base de mociones, denuncias, protestas...", recuerda Villar, actual portavoz adjunto del PA.

Fue aquel "un ayuntamiento vivo -dice Villar-, nos impulsaba el compromiso público, el convencimiento de que había que trabajar también por los demás, y pensábamos que la política era el mejor medio".

Después vinieron los años del pacto de gobierno municipal PA-PP, primero con Alejandro Rojas Marcos de alcalde y, posteriormente, con Soledad Becerril en este puesto. Se había acabado la 'guerra de guerrillas' y llegaban las tensiones más o menos encubiertas, la negociación permanente.

"Pero negociar con Alberto era divertido. Llegamos a conocernos tan bien que, a veces, antes de empezar una reunión ya sabíamos qué pensaba el otro", asegura. Villar no tiene claro que pueda darse ahora otra generación de jóvenes políticos como los de aquellos tiempos. "Ahora se habla mucho de fútbol y botellones. Entonces, hablábamos de fútbol y tomábamos cervezas, pero también discutíamos de política, de que queríamos cambiar el mundo".

Luis Pizarro, el actual portavoz municipal de IU, era el más alejado ideológicamente de Alberto Jiménez-Becerril. Pizarro y Ollero -actualmente alejado de la política- procedían del movimiento estudiantil, eran los más radicales. "A Alberto y a José Luis les movía su vocación del servicio público; a Pablo y a mí, la idea de la confrontación con el estado de las cosas", señala Pizarro.

El tiempo y la convivencia limó esas diferencias de criterio y acabó por unirles con el vínculo de la amistad, superior al de la coincidencia política.

Ayer, sus compañeros de generación portaron su féretro escaleras arriba. Quedan todavía cosas por cambiar en el mundo.

Francisco Javier Recio
EL MUNDO, 31 de enero de 1998

EL ROSTRO DE LA MUERTE

Siempre, lo más desgarrador de la muerte es ponerle rostro. Y a estas dos víctimas de ETA, las últimas por el momento, les he puesto rostro nada más conocer sus nombres, apenas intuido el día, cuando un amigo me ha traído desde el otro lado del teléfono los nombres de Alberto Jiménez-Becerril y su mujer, Ascen.

Entonces, sin saber por qué, se me han venido a la mente dos imágenes, rebosantes de felicidad, de otra época menos luctuosa y más amable que estos tiempos duros de encanallamiento.

A Alberto lo he visto, vívidamente, entre sus compañeros Antonio Fontán, Adolfo Rubio, Jaime Bretón, Rafael Barbudo y Manuel García en aquel grupo popular en la oposición del Ayuntamiento de Sevilla en 1987 bajo el liderazgo, entonces incipiente, de Soledad Becerril.

Alberto era joven; éramos jóvenes; la muerte nos va envejeciendo y ya son demasiadas las muertes. Recuerdo sus ruedas de prensa sobre asuntos de poco calado, titubeante y tímido al principio, siempre al abrigo de Fontán; más tarde, resuelto y decidido, cuando se ganó la confianza de su partido, de los sindicalistas, de los periodistas, de sus contrincantes políticos. Nadie le regaló nada en su trayectoria, se lo ganó a pulso hasta ser Segundo Teniente de Alcalde y delegado de Hacienda. Se hizo a sí mismo, pero no se olvidó de quién era.

De su mujer, Ascen, se me ha iluminado su figura menuda embarazada, vestida de negro, en los palcos de la plaza San Francisco durante la Semana Santa, no sé si con una o dos hijas ya a rastras. La imagen de la vida se me ha aparecido más nitida que nunca. Horrible contraste. Infatigable, siempre en segundo plano, siempre aguardando sentada en el banco de la paciencia a Alberto a cualquier hora, esperando a que su marido acabara la tarea del día.

Tenían la vida por delante y se les notaba en un optimismo contagioso, rebo-
sante de vitalidad. Hoy, sus cadáveres yacen fríos e inertes.

ETA iguala a todas sus víctimas en su inocencia. Pero para mí, Alberto y
Ascen serán siempre las víctimas del ciego y absurdo terrorismo. Aunque
sólo sea porque sus muertes tienen rostro antes de que las televisiones y los
periódicos me las mostraran.

Javier Rubio
EL MUNDO, 31 de enero de 1998

EL GESTOR MÁS EFICAZ

Alberto Jiménez-Becerril, abogado, ha sido el más eficaz gestor de la Hacienda del Ayuntamiento de Sevilla en los tiempos de la democracia. Cuando decidí dejar la política, hace ya unos años, Alberto tomó el relevo en la delegación municipal, y desde entonces, había realizado una ingente tarea que será recordada en muchos años, alcanzando para nuestra ciudad objetivos que se creían imposibles de lograr. Dificilmente se podrá igualar en mucho tiempo las cotas a las que llevó las arcas municipales.

A su adecuada formación jurídica, Alberto unía una tremenda capacidad de diálogo, que le permitía encontrar soluciones pactadas en los temas más peliagudos. Su forma de ser le permitió afrontar con éxito negociaciones enconadas, y sacar adelante en el Ayuntamiento cuestiones que desde hacía años parecían no tener salida.

Con Alberto y su familia me unía una amistad larga, que reforzamos con frecuentes reuniones de amigos durante más de un lustro. Su alegría y velocidad en la respuesta chispeante, hacía que el tiempo se pasase volando cuando asistía a cualquier velada.

Compañera inseparable de Alberto, Ascen fue una madre ejemplar y un apoyo para él en todo momento. A su forma de ser, afectuosa y amable, unía una capacidad profesional que le permitía llevar adelante su procura de forma muy satisfactoria para los que teníamos clientes comunes.

Alberto fue durante unos años compañero de despacho profesional. Después, su dedicación a la política de forma total, le llevó a dejar el ejercicio de la abogacía, en el que hubiera tenido un gran porvenir. Lamentablemente, se ha frustrado todo ese futuro por la actuación irracional de personas que son, precisamente, lo contrario que Alberto y Ascen. Lo contrario en sus ideas y en su forma de afrontar los problemas que afectan a la sociedad.

Antonio Fontán
EL MUNDO, 31 de enero de 1998

EL CONCEJAL QUE TENÍA RESPUESTA PARA TODO

Dejó listos los presupuestos del 98. Menudo era para dejar algo a medias. Apenas hacía unos días había terminado de cuadrar el complicado puzzle de la hacienda municipal para presentarlo triunfante, como le gustaba hacer. El más pulcro, meticuloso, verborreico, grandullón, presumido, avisado y embaucador de los Concejales de Soledad Becerril contaba los días para presentar el documento. Tan suficiente y previsor, que alguna vez confesó haber dejado "lagunas controladas" en el presupuesto para permitirse después el lujo de admitir las enmiendas de la oposición y "quedar como Dios".

Tenía respuesta para todo. Y cuando no la tenía también la daba. Ganó más de una batalla dedicando a sus ilustrísimas largas parrafadas a gran velocidad en las que, contra todo pronóstico, casi nunca perdía el hilo. Su desmesurada dialéctica le obligó a hacer verdaderos esfuerzos para controlar los tiempos en sus intervenciones ante los periodistas, que escuchaban con escepticismo sus recorridos mentales por "presupuestos consolidados" y "deudas a corto".

Relojes de plástico. Tan correcto en las formas y en la palabra cuando comparecía públicamente como deslenguado en privado, donde alardeaba de su vestimenta pretendidamente informal y de sus espantosos relojes de plástico color fosforito, que ocultaba bajo la manga muy discretamente cuando le enfocaba una cámara de televisión. Fumador empedernido y compulsivo, cuando no lo había dejado compulsivamente también. Amante de los regímenes de adelgazamiento y de los bailes de salón, era de la Macarena, de la Estrella y de San Benito; y ahijado del empresario sevillano Gabriel Rojas, quien presidiera en su día el Sevilla Fútbol Club.

Su aspecto y maneras difícilmente casaban con las que se le suponen al cerebro financiero de una corporación complicada como la de Sevilla. Y a él

le gustaba el contraste. Su orgullo era haber sacado del colapso económico al Ayuntamiento. Su capacidad negociadora fue muy apreciada por los representantes sindicales durante una dura, que lo fue también, etapa en la delegación de Personal.

Pero, si algún cargo le dio satisfacciones fue el de alcalde de Triana, como en Sevilla se llama cariñosamente al Concejal delegado del emblemático distrito. Le duró poco, sin embargo. Las marchas sucesivas de los Concejales Antonio Fontán, primero, y Jaime Bretón, después, le obligaron pronto a hacerse cargo de las carteras más áridas del Gobierno municipal. La responsabilidad también le hizo un poco más distante.

Su paso por el Ayuntamiento, desde 1987, ha dado mucho de sí. Se jactaba de ser el Concejal del Gobierno más felicitado por la oposición. Y así era. Pero si de alguien recibía las flores con placer era de su contrincante y amiga, Rosa Bendala, que fue portavoz del grupo municipal de IU-CA durante el mandato 1991-1995. Su idilio político, basado en un fino sentido compartido del humor, se convirtió durante años en motivo de broma en la Corporación, a la que Jiménez-Becerril, en la comida de Navidad de 1994, tuvo que llamar al orden: "¿Por qué se empeñan ustedes en seguir difundiendo rumores, cuando lo nuestro no es ningún rumor, es una realidad, verdad, Rosa?", les espetó.

Luego, el cambio de mandato le separó de Bendala -hoy directora general de Justicia de la Junta-, pero le dio una nueva litigante en asuntos económicos, la Concejal del PSOE, Montserrat Badía, que ayer rememoraba llorosa los últimos rifirrafes dialécticos que compartió con Jiménez-Becerril.

En sus años de vida política municipal se ganó la confianza de Soledad Becerril, pasando a convertirse en uno de los pesos fuertes de su grupo político. Dicen que fue la intervención de la Alcaldesa la que lo retuvo en Sevilla cuando Javier Arenas consideró su nombre para llevárselo a Madrid, al Ministerio de Trabajo. También habían sonado sus apellidos para encabezar la lista de la candidatura del PP al Congreso de los Diputados. Tarde o temprano habría dado el salto, porque así lo deseaba y su trayectoria se lo prometía. Madrid no le era una ciudad del todo desconocida. Allí pasó algunos años tras acabar la carrera, durante la cual conoció a su inseparable Ascen. Con ella iba a cumplir pronto los primeros 10 años de matrimonio.

Se conocieron hace 15 años, estudiando Derecho. Ambos tenían 22 años. Desde entonces, rara vez se les veía separados fuera del Ayuntamiento. Junto a ella inició una carrera hacia la paternidad tan prolífica casi como la políti-

ca. El resultado fueron los pequeños Ascen, Alberto y Clara, que hoy tienen nueve, cinco y cuatro años.

Ascensión García Ortiz le esperaba a diario en las oficinas del Grupo Popular para volver a casa juntos. Incluso cuando Jiménez-Becerril la ponía a prueba con interminables comisiones informativas que, cuando la ocasión lo requería, concluían con una cerveza con cacahuets en el bar El Picadero, a la que ella finalmente se sumaba.

Despreocupación.- Alberto Jiménez-Becerril era presa fácil. Dos días antes de la madrugada que lo dejó muerto, junto a Ascen -cómo no- en la calle Don Remondo de Sevilla, salía de la Casa Grande con el portavoz de IU, Luis Pizarro, después de una junta de portavoces. "¿Oye, a ti no se te ha ocurrido nunca tomar algún tipo de precaución?", le preguntó Pizarro, que recibió por respuesta un gesto de indiferencia.

Trabajaba y vivía en el corazón de la ciudad, se desplazaba a pie normalmente y le gustaba la calle y la noche. Todo eran facilidades para los agresores. El jueves, como todos los jueves, salió a cenar con Ascen y con la pareja formada por su prima Lola Martínez Jiménez-Becerril y su marido. Estos se habían casado recientemente. También como todos los jueves, se acercaron al pub Antigüedades, donde se dan cita frecuentemente los compañeros del partido en Sevilla. Allí se encontró con algunos de ellos y de allí partió sobre la 1.30 de la madrugada hacia su casa, en el último recorrido por las calles de Sevilla que truncó una prometedora carrera vital.

Alberto Jiménez-Becerril, Concejal del PP, nació el 12 de agosto de 1960 en Sevilla, donde falleció el 30 de Enero de 1998.

Teresa López Pavón
EL MUNDO, 31 de enero de 1998

LETANÍA DE LOS ERRORES

Morir es amargo, pero morir por nada es doblemente amargo. Morir por nada es como morirse doblemente. Morir del tiempo, del corazón o del tabaco es amargo, pero es de algún modo necesario porque también de algún modo es natural morirse así. Te mueres porque tienes que morirte. Morir de muerte artificial es como morir por equivocación, como si tu muerte fuera una muerte errónea, una contingencia descabellada y atroz. Morir de muerte artificial es como morir de un resbalón al bajar de un tren en el que se han recorrido cientos de kilómetros bajo el fuego de la aviación enemiga.

El Concejal del Partido Popular Alberto Jiménez-Becerril y su mujer Ascensión García Ortiz, padres de tres niños, murieron ayer en Sevilla de muerte artificial, murieron de una pistola equivocada accionada por un dedo equivocado perteneciente a una mano equivocada que recibió la orden de un cerebro equivocado encajado en el cuerpo de un hombre equivocado al que algún día consolarán curas equivocados y que hoy milita en una organización equivocada que confunde la paz con la guerra, la libertad con la tiranía, el siglo XX con el siglo XIII, la historia con la mitología y las ideas con los gatillos. Un gatillo puede ser muchas cosas, pero jamás será una idea.

Noche de plomo en Sevilla

De ese encadenamiento funeral de gatillos, pistolas, dedos, manos, cerebros, mitos, ideas, centurias y curas vizcaínos han muerto Ascensión y su marido en la ciudad de Sevilla en una madrugada de plomo y orfandad. Alberto Inocente y Ascensión Inocente. Hermanos en la muerte y el error. Un pistolero les ha robado el nombre, el apellido y las mayúsculas a que todo hombre tiene derecho sólo por haber nacido. Hoy son ya hermanos en las minúsculas del olvido que amenaza a todos los muertos de la tierra: Alberto

confuso y Ascensión confusa, Alberto perplejo y Ascensión perpleja, Alberto amargo y Ascensión amarga, Alberto olvido y Ascensión olvido.

Volando ayer en un coche de Málaga a Sevilla tras conocer la noticia vio el cronista las flores de un almendro despuntando en un ribazo y vio también una extensión de margaritas en un alcornocal de la llanura de Antequera. Una equivocación de pólvora irreparable había calcinado unas horas antes la hierba naciente, la verde llanura, el blanco almendro y el campo de casuales margaritas que los ojos apagados de Alberto muerto y Ascensión difunta no verán jamás.

Durante unos segundos atroces Alberto y Ascensión fueron el anónimo ciudadano de Kafka procesado y condenado por una equivocación nimia o gigantesca pero en todo caso imposible de demostrar. Imposible hacer ver a los asesinos que ellos no son más que el erróneo eslabón final de una cadena de errores, los verdugos ejecutores de una sentencia ignota dictada por un juez invisible y rencoroso en aplicación de un estafalario código penal redactado por un legislador enloquecido.

Algún día en los años venideros habrá un adiós a las armas, alguien pedirá disculpas por los 900 errores mortales cometidos y el párroco de una iglesia perdida entre los montes de Vizcaya rezará un rosario de 900 cuentas a la sombra de los almendros en flor.

Antonio Avendaño
EL CORREO DE ANDALUCÍA
31 de enero de 1998

DESPUÉS DEL PLOMO

("...y sin consuelo, voy de mi corazón a mis asuntos")

Personas.

Parecía que Alberto, llevara de paseo a su hija. Ascen era pequeña, menuda, pero tenía la virtud de los jazmines. Era un jazmín con los ojos azules: desde su pequeñez, se agigantaba en cuanto la mirabas a los ojos, le sacabas una sonrisa o te llegaba, desde lejos, el penetrante olor hermoso de su personalidad. Nunca he conocido una igualdad de alma tan desapareja en cuerpo. Alberto era grande, pero muy niño, inteligente, disciplinado, solícito, listo, intuitivo... pero si lo mirabas con la limpieza que él tenía en sus ojos claros, era un compañero de juego con el que tenías todo el terreno ganado. No había perdido aún la sonrisa del niño, ni la timidez del seminarista que no fue. Parecía un chico de COU que jugara a Concejal, un chiquillo grande que jugara a político. Pero, eso sí, serio en lo suyo -y en lo de los demás, si era serio el asunto- y con una personalidad firme. A ellos, cariño y mirada limpia. Jamás permitieron nunca postigos oscuros por los que pudiera colarse la bajeza o la corrupción.

Como novios. Iban con sus dos hijos mayores, él, tan joven, y ella con esa imagen de muñeca modelada por Benlliure y policromada por Orce, y parecían dos muchachos que sacaran de paseo a sus sobrinos. Como novios. Alberto, enamoramiento sin muchos alardes, pero seguridad de amante cuando la abrazaba. Ella parecía más virgen que madre cuando le buscaba el regazo para enredarse en él buscando la seguridad, como un animalillo indefenso busca el calor de la madre. Alegría de novios, pero padres como pinos. Los dos, abogados de la misma causa; los hijos, el matrimonio, los amigos. Los dos hechos uno a la hora de cualquier extraordinario. La recuerdo a ella esperándolo a la puerta del ayuntamiento, en una espera tan enamorada que le hubieran pegado bajo el brazo los libros de tercero de BUP.

Parque y paseo, mostrador y procesiones, campo, feria, mar de Cádiz, allá por El Puerto en verano, Sevilla como paisaje -siempre con los niños de la mano, cicerones de su propia sangre y por su propio amor, heredad de pasiones- y una mirada al sitio donde Triana se asienta como una madre -novia-amante. Siempre, al final, el mismo Puente sobre el mismo río y los mismos amigos en los mismos sitios. Ni cerca de la foto ni lejos del problema. Al tajo. Considerandos aparte, dos llanezas callejeras, dos turistas de su propia ciudad, dos enamorados enamorándose de todo lo enamorable. Qué sabrá el plomo.

Esposos y padres.

"Tú, como dice Campmany, eres un chico de babor". Me lo soltaba y reía. El, de derechas por herencia; yo de izquierdas por convencimiento. El con carné del PP; yo, el de identidad y el de conducir. Era la Expo en Sevilla. Quizá septiembre. Era una placidez nocturna. Atrás quedaron las mujeres hablando de sus cosas. Nosotros íbamos orillando el lago, hablando de política -cosa rara en nuestra conversación-, de hasta qué punto uno era, en verdad, de donde creía. "El otro día -le dije- le escuche decir a uno de tu partido que él era republicano. ¿Cómo se come eso, Alberto?". Me cogió del brazo, y aunque no había nadie cerca, me habló como temeroso de ser oído: "Pues, mira, y no te lo creerás: yo me siento un poco republicano". Me lo creí, pero reímos tanto que al final valió la risa más que todas las ideologías.

Hablaba de Ascen como de esa mujer hallada para que la vida sea llevadera. "Nunca lo diré delante de ella, pero es lo más valioso de mi vida. Riño, protesto, reniego de ella en las riñas... Pero si me creyera y se largara, o siquiera hiciera el intento, me moriría de pena".

Yo mediaba para provocar chispas: ¿Sabes lo que dice tu marido, Ascen? ¿Que está harto de cambiar pañales y muy falto de revolver sábanas? Ella salía al ataque, él juraba que no me había dicho eso... Pero al final, siempre, un abrazo dejaba claras las cosas. Se miraban como si fuera la primera noche de su amor, se abrazaban como colegiales, y se entendían como lo que eran: dos en uno.

Los niños, los dos primeros, antes de que naciera Clara, los entretuve más de una vez -y alguna vez se me durmieron en los brazos- cuando salíamos de comida. A la niña, la otra Ascen la hipnotizaba yo con un cuento de un niño que se pierde en el bosque y al que acude una hormiguita, también perdida, en busca de calor. Cuando volvíamos a vernos, siempre lo mismo: "Anda, Ascen -decía Alberto-, dile a Antonio cómo te pasaste ayer toda la noche". "Ah -recordaba Ascen-, ven. Mira: si eres capaz le cuentas más a mi hija el

cuento ese del niño y la hormiga, que me paso las noches al pie de la cama contandole el cuento y la niña diciendome: "no , así no es; es como me lo cuenta Antonio". De modo que te vas a tener que venir a mi casa a dormir-mela".

Ascen, Alberto, Clara, pequeños, ¿Dormís? Ahora el cuento tiene tres niños perdidos en el bosque de la orfandad. Y la hormiga ahora es un lobo asesino. Dormid, dormid..." No te derrumbes./ No sepas lo que pasa/ ni lo que ocurre".

Amigos.

Triana. La Velá. Caseta del Distrito. Allí, ¿Cuántos amigos? Cerca de las doce. Calle Betis, parte de Pureza, todo El Altozano y media calle San Jacinto también gente en la otra orilla y aun en el Puente- aguarda a que la pólvora pinte un fugaz firmamento sonoro en el azul del 26 de julio. Llega el pirotécnico a la mesa donde estamos unos cuantos y se acerca a Alberto, alcalde de Triana, entonces. Alberto se levanta y acude creyendo que hay algún problema. Al momento vuelve:

- "Qué te crees que quería el de los fuegos? Quería que yo, como alcalde, encendiera el primer cohete".

- Me parece muy bien - le dije. Habrás aceptado.

- No se lo pensó. Con su simpatía, con su desparpajo y con su particularísima mímica, me respondió:

- "¡Yo que voy a encender el primer cohete! ¡ Yo soy el alcalde de Triana, pero no la fallera mayor!".

Buscó cuartos para colocar en Triana el monumento al Flamenco; cuartos para paliar mucha hambre, y, de su bolsillo, sacó muchos cuartos para convidar -ora Los Dos Hermanos, ora Mariscos Emilio, ora unas cervezas con sardinas en La Velá- a las gentes a quienes quería y que le habían ayudado. Y al pie de él, siempre Ascen, complemento directo del sujeto más humano que político que Alberto era. Siempre Ascen como alfombra dulce y amable para llegar hasta él cuando las obligaciones no le dejaban un hueco en la agenda; siempre Ascen para apalabrar una cita, un almuerzo, una salida, un refresco de la amistad. No nombro a nadie de Triana porque se me quedaría siempre alguien atrás. Ellos, sus amigos, saben que están aquí. Todos.

Hace catorce días me encontré con Ascen. Quedamos para vernos todos el domingo, muchos amigos. Cuando llegaron hacía diez minutos que nos

habíamos ido; cuando volvimos hacía diez minutos que se habían marchado ellos.

La madrugada del viernes fue Madrugá para Alberto y Ascen. Vino el tío de la pólvora y no esta vez a decirle a Alberto que encendiera el primer cohete. Vino a matarlos. Fueron una sola vida y hoy son una sola muerte. A ver ahora cómo vuestros amigos aprendemos a perdonar, Ascen, Alberto. La Muerte es la fallera mayor en este enero que nos hiela el alma. Me han matado a dos amigos. No quisiera más condena para el asesino que pasara 30 años en el paredón del silencio fusilado continuamente por los tres pares de ojos de un azul inocente de Ascen, Alberto y Clara. "No hay extensión más grande que mi herida".

Antonio García Barbeito
EL CORREO DE ANDALUCÍA
31 de enero de 1998

DOLOR, RABIA Y TRES NIÑOS

El dolor. Cuando alguien muere siempre hay quien siente dolor. Cuando se va para siempre un padre hay un hijo que siente dolor, cuando fallece un amigo hay otro que siente dolor. Los sevillanos sentimos desde ayer ese dolor porque alguien que trabajaba intensamente para nosotros, que nos servía y que estaba siempre a nuestra disposición ha muerto. Por eso sentimos un dolor agudo que no nos permite ni siquiera pensar.

La rabia. El nivel de dolor es directamente proporcional a la cercanía de la víctima. Dolor y rabia se aúnan cuando esa persona cercana muere asesinada no se sabe bien por qué. Siempre que alguien le quita la vida a alguien surgen calificativos: ayer, momentos después de la muerte de Alberto y Ascen, se habló de gentuza, de sabandijas, de hijos de puta, de cabrones... Calificativos producto de la rabia. Yo también tengo adjetivos para esta gente: trogloditas y cobardes. Trogloditas porque aún no han aprendido a hablar y porque únicamente se entienden entre ellos, con el lenguaje del rugido y del palo en la mano. Cobardes porque no dan nunca la cara, porque siempre llevan pistola y no atacan a quien utiliza sus armas sino a quien sólo tiene sus manos y unos ideales basados en la convivencia, en la paz y en la tolerancia. Es la rabia, que aparece cuando sucede algo que duele, que es inexplicable, y que no puedes hacer nada por evitar. Los sevillanos sentimos desde la mañana de ayer dolor y rabia.

La respuesta. A medida que el tiempo suaviza la rabia debe nacer una respuesta serena. Y la respuesta más serena debe ser, y no hay otra, la unidad que tanto se pregona cuando sucede algo como lo de ayer y que luego no se cumple, el abandono de la ambigüedad de la que hacen gala ciertos abanderados del nacionalismo vasco e incluso de la Iglesia. Con la unidad sin fisuras de todas las fuerzas políticas y sociales se puede hacer frente a esta barbarie. La ciudadanía viene demostrando desde hace tiempo esa unidad. No

sucede lo mismo con la clase política, que es la que produce siempre la primera grieta. Y si hay alguna grieta, por pequeña que sea, es imposible que haya fuerza.

Tres niños. Da escalofríos ponerse en la piel de los tres hijos de Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz. Tres niños que han perdido para siempre a sus padres. Dios mío. El terror. El terror absoluto lo sufren ahora esos tres pequeños. Se preguntan por qué, nos lo preguntan a los demás. ¿Qué pasa? ¿Por qué han matado a sus padres? ¿Qué va a pasar con ellos? Aquí sí que no hay respuesta posible, porque no podemos entender el lenguaje antediluviano de estos asesinos a sueldo que ahora estarán celebrando este "éxito" con sus mugidos habituales en la oscuridad de la caverna en la que habitan. No podemos darle respuesta a estos niños. Sólo nos queda ofrecerles el amor que van a dejar de sentir, únicamente podemos transmitirle la alegría con la que vivieron sus padres, la dedicación y la entrega de su padre por los problemas que afectaban a su ciudad, y el amor que su madre siempre le dedicó a su familia. Es lo único que podemos hacer por ellos, porque nosotros tampoco entendemos nada. Esto es la sinrazón y la amargura.

Ayer se cumplieron 50 años de la muerte de Gandhi, quien dijo algo así como que la paz no debe ser la meta, sino el camino. Pero estos descerebrados, como los burros, tienen orejas puestas y sólo conocen un camino: el camino fácil del tiro en la nuca.

Descansen en paz Alberto y Ascensión.

Jesús Martínez Sosa
SEVILLA INFORMACIÓN
31 de enero de 1998

SEVILLA LOS DESPIDIÓ LLORANDO

La ciudad despidió ayer al Concejal del PP, Alberto Jiménez-Becerril Barrio, y a su esposa, Ascensión García Ortiz, echándose a la calle con profunda tristeza y gruesas lágrimas de dolor, condena, rabia e impotencia, con frío intenso y fuertes aguaceros y, como no podía ser de otra forma, con los más altos honores.

Por la mañana temprano, en el andén del Ayuntamiento, unas cuantas flores rodeadas de velas, daban paso a casi quinientos ramos y coronas, llegadas desde todos los puntos de España, que abarrotaron los patios de la Casa Consistorial, sus dependencias más nobles y rodeaban los féretros de Alberto y Ascen que permanecían desde la tarde del viernes en el salón Colón, donde se instaló su capilla ardiente y donde los compañeros del Concejal asesinado, hicieron turno, junto a sus familiares, para velar los cadáveres durante toda la noche.

Maceros de negro

Los ataúdes estuvieron escoltados por agentes de la Policía Local de gala y por los maceros que ayer habían cambiado su vistoso atuendo rojo, por los ropajes negros que en Sevilla sólo se ven el Viernes y el Sábado Santo.

Poco después de las nueve y media de la mañana, y mientras los sevillanos seguían plasmando en los pliegos de condolencia su repulsa por el atentado y depositando en las bandejas instaladas al efecto sus tarjetas de pésame, la alcaldesa, Soledad Becerril, llegó a la capilla ardiente para prender sobre la bandera de Sevilla que cubría los féretros, la Medalla de la Ciudad, concedida al matrimonio asesinado. En cada uno de esos ataúdes, Soledad Becerril, depositó un beso, antes de acercarse a los familiares de Ascen y Alberto en un nuevo intento por reconfortarlos.

"Sevilla -dijo la alcaldesa- no ha sido una excepción. Este asesinato nos ha dejado en el corazón la desolación y la tristeza infinita. Alberto Jiménez-Becerril, Segundo Teniente de Alcalde, ha sido una inocente víctima y también su querida y bondadosa mujer. Nuestro dolor es inmenso y no hay posible comprensión ni explicación. Si la hubiera, no sería una acción irracional y la banda terrorista de ETA es la sinrazón".

" Nos cabe -continuó- pedir por su eterno descanso. Confiar y creer que reposan en paz. Yo estoy segura que así será. Su vida como Concejal ha sido la de un servidor público con vocación de trabajar por su ciudad y lo ha hecho con el optimismo y la vitalidad de un hombre joven, inteligente y agudo y ha dicho y ha hecho muchas cosas sobre y para su ciudad; sobre su Hacienda, su Economía, su territorio, sus servicios asistenciales y básicos. Ha hecho tantas cosas que a veces había que rogarle una pausa.

Como persona era el padre de familia ante el que todos sonreíamos pues él, su mujer y sus hijos eran todos la misma cosa. Alberto y Ascen, los niños, todos juntos en la cabalgata, en la cofradía y en la puerta del Ayuntamiento. Esa era su estampa: la de un hombre de bien, una persona honesta, un adorado padre de familia y un marido que amaba a su mujer.

Y ella, Ascen, una mujer llena de bondad, de bien y de firmeza. Los dos merecen el reconocimiento de la ciudad, la gratitud triste y apesadumbrada de toda esta Corporación que les ha concedido la Medalla de la Ciudad con lágrimas en los ojos y con la esperanza de que ningún español más muera por causa del terrorismo porque ni ellos ni ninguno, ni lo merecían ni lo merecen".

Sobre las diez de la mañana, llegó el ministro de Trabajo, Javier Arenas, quien, junto a Soledad Becerril y al coordinador general del PP, Ángel Acebes, impuso a Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz, la insignia de oro del Partido Popular. Como ya hiciera el viernes, Javier Arenas besó los féretros de sus dos amigos: las dos últimas víctimas de ETA.

Mientras en la Plaza Nueva continuaban agolpándose los sevillanos, los representantes de todos los estamentos sociales abrieron la comitiva que iba a acompañar hasta la Catedral los féretros. De nuevo, los compañeros de Corporación de Alberto, cogieron en hombros los ataúdes para bajarlos por la escalera principal del Ayuntamiento, ayer más imponente que nunca. Los féretros fueron recibidos por la multitud con un impresionante silencio mientras se formaba el cortejo, que iba escoltado por la Sección de Gala de la Policía Local.

La triste comitiva enfiló la avenida de la Constitución para entrar, por la puerta de San Miguel, en la Catedral. Tanto en los alrededores del templo como en el trayecto que hay desde el Ayuntamiento al templo Metropolitano, cientos de sevillanos desafiaron el tiempo desapacible en un prelude de lo que ocurrió a partir de las seis de la tarde en la manifestación. En la puerta de San Miguel, los dos ataúdes esperaron la llegada de S.A.R. la Infanta Doña Elena y de su esposo, Don Jaime de Marichalar, y del presidente del Gobierno, José M^a Aznar, y de su esposa, Ana Botella. Los aplausos se sucedieron, mientras que arreciaba la lluvia que habría de acompañar a los féretros hasta el cementerio de San Fernando, del que Alberto Jiménez-Becerril fue responsable durante un par de años. Desde ayer, en la calle San Faustino del camposanto, en dos sepulturas de suelo, aguardan una lápida común los féretros de Alberto y Ascen.

No podía ser de otra forma. Desafiando al tiempo, a la tristeza y a la sinrazón, Sevilla se echó a la calle, ya por la tarde, para condenar un atentado que esta vez la ha herido de muerte casi al pie de la Giralda. Miles de sevillanos, llorando y entristecidos volvieron a corear, esta vez por dos de sus vecinos y por los tres niños a los que ETA ha dejado huérfanos, "Basta ya".

María José Carmona
ABC, 1 de febrero de 1998

LLANTO EN LOS OJOS DE UNA DAMA

No había en su mirada un rastro de odio, ira, ansias de venganza; tenía el rostro apacible, sereno, apenas sumido en la incomprensión de la injusticia: la amargura, el dolor, la solidaridad fluían como una torrentera por los ojos de la Alcaldesa de Sevilla, Soledad Becerril. Era un espejo de lo que España entera estaba sintiendo al presenciar con un nudo en la garganta, las ceremonias fúnebres por un hombre y una mujer fieles a su compromiso con la sociedad e indefensos, a los que unos desalmados de ETA/HB descerrajaron dos tiros en una encrucijada solitaria. No había, en esas lágrimas, esperanzas barrenadas ni el miedo del que aprieta su cabeza contra la almohada para no oír su corazón sonando a campanas rotas. En aquel primer plano, arriesgado como un solo de trompeta, lleno de dignidad y ternura, una dama -en una muda expresión tímida, como el lenguaje de los abanicos- lloraba como si el tiempo se hubiese congelado en todas las clepsidras. Era la imagen viva de lo que Miguel Hernández sentía cuando escribió su oda a Ramón Sijé: "Hoy estoy para penas solamente. Hoy sólo tengo ansias de arrancarme de cuajo el corazón, y ponerlo debajo de un zapato". Las lágrimas de la Alcaldesa nos recuerdan como las palabras de Jorge Guillén sobre la tumba del poeta: "Que los muertos entierren a sus muertos. Nunca a la esperanza".

ABC, 1 de febrero de 1998

CIUDAD ETERNA

Como en Sevilla toda plaza es patio, el duelo frente al Ayuntamiento parecía y era cosa familiar. Por eso las lágrimas de la Alcaldesa Soledad Becerril no salieron de casa, aunque las viéramos por esa ventana del mundo que resulta la televisión. Tiene la ciudad, que fue capital real de un imperio, mil historias en cada esquina; y para los que en ella vivimos alguna vez, tres recuerdos personales, pero en la Plaza Nueva acaso más.

Desde el tranvía que anillaba el casco antiguo, a las naranjas de oro, amargas ellas para la mermelada de los ingleses de la Río Tinto Company y la Tharsis Sulphur, pasando por los ascensos del Betis en aquellas temporadas de Barinaga al frente. Porque si para Francisco Giménez-Alemán, en su hermosa Tercera abecedaria de ayer, el tiempo de cuando eran estudiantes Alberto Jiménez-Becerril y su entonces novia Ascensión García Ortiz es ya "definitivamente lejano", este otro de los tranvías y los bombachos sería decididamente la prehistoria, si no estuviera la memoria redentora que convierte todo ayer en un presente que nunca acaba de pasar.

En aquella plaza de los hoteles -el "Márquez", el "Cecil" y el "Inglaterra", que venían a ser un índice bursátil de la hacienda familiar- aprendió uno, cuando le hablaban del arquillo de Diego de Riaño, lo del escudo y la madeja. Y que era Sevilla muy heroica, muy noble, muy leal, invicta y mariana. Ahora también muy mártir, porque es bien cierto que la ciudad "está en permanente exposición universal desde el siglo XVII".

Por eso es como ninguna otra testigo y espejo del dolor de España, como fuera hacia el siglo XV, "claridad y luz de España" en las antiguas octavas castellanas de Álvarez de Villasandino. Antes vispera del gozo, hoy resaca de la pena.

Por la pantalla veía uno llover en Sevilla como si nunca tal cosa hubiera pasado. Siendo así que mi padre me contaba de un día en que tuvieron que llevarlo en un carrillo de equipajes desde el Barranco de la estación de Damas hasta la Plaza Nueva del hotel de su tocayo, vecino de verano en las arenas de La Antilla. Y yo llegué a ver nevar, un remoto día de febrero que echaban una película de Frank Capra en el cine San Vicente.

Es terrible esta paradoja: que la muerte ajena reviva los recuerdos propios. Sino que ninguna muerte así es extraña. Y algo se nos lleva de todos.

Tal vez el homenaje que uno pueda hacer a la vida de los ya idos, es incorporarlos al recuerdo futuro de la ciudad. Al ámbito memorioso donde todo es presente histórico y la gente tiene siempre la misma edad de cuando estaba viva, porque nunca muere lo que se recuerda. Como el atardecer rosa oro de Sevilla, rojo sangriento ahora en estos dos jóvenes sevillanos, ya definitiva y eternamente matrimonizados para la muerte.

Víctor Márquez Reviriego
ABC, 1 de febrero de 1.998

LOS DERECHOS DE LAS RATAS

Esta vez le ha tocado el turno a Alberto y Asen, la trágica ruleta rusa de ETA ha puesto sus ojos en Sevilla. En pleno centro de Sevilla, a dos pasos de la Giralda y curiosamente el día en el que cientos de miles de niños españoles celebraban con murales, lazos y globos en sus colegios la Jornada de la Paz. Dos tiros en la nuca, cobardes y asesinos, han segado dos jóvenes vidas y han dejado otros tres huérfanos. ¿Cuántos van ya? Esta vez han sido Alberto y Ascen, antes fueron Miguel Ángel, Gregorio, Pedro, José Antonio, Francisco, Juan Ignacio...y así cientos, miles de víctimas de todas las edades en esta guerra sucia auspiciada por algunos partidos políticos que amparados por la democracia dan cobijo a los asesinos o nadan entre las dos aguas del miedo y la pérdida de votos.

Los pistoleros de ETA van dejando por donde pasan un reguero de sangre, terror y lagrimas. Es la guerra, una guerra en la que todos tenemos algo que decir y sobre todo, algo que hacer. ¡Basta ya!, gritamos, ¡Basta ya de palabras!, grito yo. Hay que pasar a los hechos. La sociedad, toda la sociedad española y no sólo la vasca tiene que defenderse y el silencio y las consignas, las condenas y las reprobaciones no son sino meros signos de impotencia.

Dejémonos de historias. Lo de ETA es, pura y llanamente, una guerra, una asquerosa guerra de pistoleros sin entrañas contra demócratas cada día más indefensos. Cada día parece más claro que Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz somos todos. Que cualquier ciudadano, niño, joven o viejo, hombre o mujer, es una potencial víctima del terrorismo etarra. Y en la guerra, y aún más en esta guerra tan vil y sucia, va a acabar valiendo todo porque, al menos uno de los dos bandos, no respetan la más mínima regla. A las pistolas, a los coches bomba, a los 9 milímetros parabellum, a la goma dos, a la masacre, al asesinato a sangre fría no se puede contestar sólo con

un ¡Aquí estamos, nosotros no matamos! u otras consignas más o menos afortunadas. Hay que pasar a la acción y hay que volver a pedirle al pueblo vasco que, de una vez por todas, se enfrente a los violentos y los deje al margen de todas y cada una de las instituciones. Hay que dejarle claro a Herri Batasuna que su lucha por la independencia vasca tiene unos límites, la vida humana, y unos cauces, los democráticos y solo los democráticos. Si no aceptan estos cauces, tampoco el resto de la sociedad tiene por qué aceptarles a ellos. ETA no es ya sólo "un problema vasco" como asegura Ardanza. Si así fuera, que "con su pan se lo coman". ETA es ya un problema de todos y va a ser ya un problema para los vascos, para todos los vascos, en el resto del país si alguien no le pone coto.

¿Derechos humanos? ¿Tienen las ratas derechos humanos? Derechos humanos tenemos los hombres, los que nos regimos por la razón y el diálogo, por la comprensión y la tolerancia. Las ratas, las sabandijas, no tienen algún derecho humano porque no pertenecen a la humanidad, sino a las cloacas y a la mierda. Hay que eliminarlas para que dejen de hacer daño. ¿Acaso los pistoleros etarras respetan la vida? El que en la madrugada del viernes empuñó la pistola y disparó a bocajarro en la nuca contra Alberto y Ascen en la calle Don Remondo, ¿reclamará algún día que se respeten sus derechos? El que asesinó friamente a Miguel Ángel Blanco, ¿pedirá alguna vez el amparo de Derechos Humanos porque alguien le ha dado un empujón? El guardián del "zulo" de Ortega Lara, ¿pedirá que su celda reúna mejores condiciones que la del resto de los presos?

¡Basta ya de palabras! A los políticos, a todos los políticos, sean del bando que sean, pero muy especialmente a los políticos vascos, hay que exigirles soluciones ya. Fuera medias tintas y bizantinas discusiones. Apartemos de una vez por todas los motivos y las excusas políticas y busquemos cuanto antes una solución, la que sea, antes de que este sin sentido nos lleve al caos. Todos los españoles de bien estamos hartos de que la gentuza de ETA vaya impunemente sembrando nuestra vieja piel de toro de cadáveres, de viudas y de huérfanos.

¡Basta ya de condenas! Las frases, por muy duras que sean, suenan a huecas cuando se repiten hasta la saciedad. Y las condenas a los asesinatos etarras no son ya sino fotocopias ampliadas de la impotencia de un pueblo y de unos dirigentes políticos que no saben (unos), no pueden (otros) o no quieren (los que todos sabemos) acabar con el problema. Está bien que cientos, miles, cientos de miles, millones de españoles nos echemos a la calle cada vez que los asesinos cometen un atentado. La protesta silenciosa o airada de todo un pueblo, como ocurrió ayer sábado en Sevilla o como sucedió en toda

España cuando asesinaron a Miguel Ángel Blanco es ejemplar, pero no basta. Esa protesta, esa rabia contenida, evidentemente, no es la solución. Al menos no es la solución para aquellos que en las cárceles o en los bares "bataunos" brindaban con "txikitos" por la muerte de Alberto y Ascen mientras sus hijos, Ascensión, Alberto y Clara, de nueve, siete y cuatro años, respectivamente, subían a un Seat Ibiza y eran sacados del domicilio familiar para que no viesen el charco de sangre de sus padres en la calle Don Remondo.

Yo, como la mayoría de los españoles, no soy partidario de la instauración de la pena de muerte. Pero, ayer, como la gran mayoría de los sevillanos, no sé lo que hubiese hecho con los asesinos etarras si hubiesen caído en mis manos...

Descansad en paz, Alberto y Ascen. Sevilla nunca os olvidará.

Benito Fernández
ABC, 1 de febrero de 1998

CLASES DE LLANTO

Las lágrimas de la alcaldesa de Sevilla, fuertes y tiernas al mismo tiempo, son, vistas en Telecinco -TVE tenía otros asuntos en que dilapidar su déficit durante el funeral por Alberto y Ascensión-, el mejor y más hondo comentario ante el asesinato que, suma y sigue, nos recuerda que España no va tan bien como todos quisiéramos y algunos predicán. Soledad Becerril lloraba por tres niños huérfanos, dos amigos asesinados y una nación en la que ha prendido la violencia como parte inseparable de su esencia. La violencia es el discurso político de ETA y sus afines y, también y por llevarla al absurdo, el de los pilotos de Iberia en su huelga salvaje y tolerada.

Tanto hemos peleado los españoles, entre nosotros y contra el resto del mundo, para labrar un imperio o implantar una fe, dominar y convencer e incluso para supervivir, que nos cuesta mucho acudir a la razón antes que a la fuerza. Hacen falta muchas lágrimas como las de la Alcaldesa para diluir ese maldito germen pendenciero que estructura la cultura y la conducta españolas. Me dijo un día Guillermo Sautier Casaseca que las lágrimas germinadas por sus seriales de la radio habían hecho más por la reconciliación nacional que todos los sermones pacifistas de la época. Tenía razón. Sólo las lágrimas tienen poder disolvente frente a la piedra del odio. Tenemos que llorar más y, a ser posible, con menor motivo. La reforma educativa pendiente debiera incluir en sus programas clases de llanto.

Manuel Martín Ferrand
ABC, 1 de febrero de 1998

CARTA A "ASCEN"

Señor director: Yo, como tantos, tuve la suerte de conocer a Ascensión García Ortiz, "Ascen", como la llamábamos todos. Compañera de la Facultad de Derecho, una buena amiga, y persona excepcional. Sé que la carta que sigue es dura. Va dirigida a ella, que seguramente la leerá desde el cielo. Yo no paro de llorar desde esta mañana y ahora mismo me duelen ya los ojos, porque su asesinato es una canallada. Lo único que se me ocurre hacer es intentar explicar quien era "Ascen": una gran mujer en un pequeño cuerpo. Todavía no puedo creer que nos la hayan matado. Pocas personas he conocido con una bondad tan innata como tú "Ascen", y pocas mujeres con un sentido más pronunciado de la maternidad y una tan ciega adoración por su marido y sus hijos. (Me atormenta pensar en ese segundo en que viste como asesinaban a Alberto..., creo que con su tiro ya te habían matado también a ti. El segundo balazo, dirigido a tu sien, lo hicieron tus asesinos sobre un cuerpo ya sin vida).

"Ascen", tú eras -eres- la sonrisa y la dulzura (¡qué bien refleja tu alma la foto de la portada de ABC!), y no consigo recordarte enfadada ni con un mal gesto, por nada ni hacia nadie; seguro que los tendrías, pero yo en toda nuestra andadura por la Facultad de Derecho no recuerdo ni uno. Si recuerdo los días de Facultad, las noches de estudio, las cervezas en el bar de Derecho, el sufrimiento de los exámenes y algunas conversaciones perdidas que ahora vuelven de la memoria con dolor. ¿Quién podría imaginar entonces una muerte tan cruel como la que has tenido? "Ascen", desde ahí arriba, donde seguro estás, quiero que sepas que yo no perdono a tus asesinos (si quieres, intenta tú cambiar mis sentimientos porque yo no puedo); ni olvidaré tu muerte mientras viva. Entre otras cosas porque cuando pasee por el centro de Sevilla y me acerque a la zona donde te asesinaron, me acordaré necesariamente de ti. (Eso también están consiguiendo estos asesinos; llenarnos la vida de sentimientos amargos). Tus asesinos tienen una deuda con todos los

que te queremos. Tus asesinos, de una u otra forma, tienen que pagar lo que han hecho.

Miguel Angel Loma Pérez
ABC, 1 de febrero de 1998

CON UN PIE EN EL VACÍO

Llueve a cántaros la mañana del entierro. Por los alrededores de la Catedral, ráfagas y airones violentos arrebatan los paraguas a la gente que acude y aprieta el paso. Como si la lluvia quisiera borrar la sangre indeleble que, bajo un montón de flores y palabras calientes, yace ahí mismo, calle de Don Remondo. Cuando entran los féretros, el órgano arrecia y enreda por las bóvedas y cresterías un lamento que parece más funeral que nunca.

El silencio es explosivo y explota, de vez en cuando, en voz baja, como dirigiéndose al pleno de autoridades que sigue el oficio tras la imponente reja del presbiterio: "¿Dónde está el Gobierno...!" El Gobierno está allí y el arzobispo le dice en su homilía, tras hablar de perdones y misericordias, que no hemos de renunciar a la Justicia. "¡La única justicia sería colgarlos de una farola!", revienta una señora llorosa. Vaya por Dios. Y el arzobispo: "Nos faltan palabras para explicar lo que de ninguna manera queremos entender".

De nuevo el órgano viene a cubrir piadosamente la herida abierta. Cuando al final ataca la Marcha Real, las lágrimas asoman a muchos ojos y Sevilla, la ciudad alegre y confiada, empieza a desfilar despacio hacia la calle, tensa, cansada, como un polvorín silenciado. "¡De una farola y no pagan!", insiste la señora. La gente contesta con un claro silencio.

En el cementerio filas apretadas aguardan hace rato a que llegue el cortejo. "ETA, cabrona, Sevilla no perdona", se desgañitan unos; "¡Pena de muerte, pena de muerte!", piden otros. Verdaderamente no tenemos palabras para explicar lo que de ninguna manera queremos comprender, pero esta mañana cruje demasiado la cólera para andarse con filosofías y la autoridad ha hecho bien, probablemente, decidiendo que el entierro se celebre en privado.

Llega algún ministro rezagado, los últimos compañeros de concejo, mientras diluvia desde un cielo cerrado casi en pura tiniebla. Los más jóvenes no

cejan: "Aquí/estamos/nosotros no matamos", "ETA, cabrona, Sevilla no perdona". Hay como un desaliento que busca apoyo en la ira, pero en todo caso lo que está claro es que cuando un pueblo clama por la venganza es que desconfía de la Justicia. Si era eso lo que buscaba el terror, lo ha conseguido.

Ya a la vuelta, sigue el desfile hasta el lugar del crimen, a unos pasos de la casa familiar. Hay crespones por todo el barrio, lazos empapados en los balcones resistiendo el temporal y gente presurosa que desvía la mirada húmeda. Un gran montón de flores, dedicatorias, velas encendidas porfiando bajo la lluvia. Alguien le pone letra prestada al tenso silencio: "No tenemos palabras...". "¡Lo que no tenemos es otra cosa!...", le contestan. Mal negocio. Cuando un pueblo pide venganza es que no cree en la Justicia, y cuando un pueblo no cree ni confía en la Justicia, tiene un pie en el vacío. La lluvia no cede ni un momento, arracimada de vez en cuando en turbiones que apagan las voces y las velas. Pero la gente no se mueve, tensa, taciturna, dolorida. Nadie se explica por qué en Sevilla, quien puede traer la muerte a esta ciudad alegre y confiada que no acaba de recuperarse del golpe sufrido y va de su corazón a sus asuntos bajo el aguacero. "¡Lo que no tenemos es otra cosa...!" Quien lo dice me mira encomendándome el mensaje. Aquí lo dejo.

José Antonio Gómez Marín
EL MUNDO, 1 de febrero de 1998

VIERNES TRISTE

En Córdoba había una pancarta en blanco con un crespón negro en el centro. Quiere decir que ya no se encuentran palabras, dijo Tom Martín Benítez con gesto cansado, ojeroso, melancólico, abatido, así estarían el resto de empleados de Canal Sur que habían estado desde las primeras horas de la noche trabajando la noticia. Andalucía a las nueve puso ante nuestros ojos una ciudad desolada. La niebla, o la bruma leve de una llovizna persistente, aún con el sabor de la madrugada sangrienta, iba huyendo de la Plaza Nueva al sentir el calor de las gentes que llegaban. Jóvenes, ancianos, mujeres, niños, una multitud espontánea, con la cultura de la paz en el rostro, gritando las palabras de siempre. Luego, en la esquina de Don Remondo con Cardenal Sanz y Fores, Blanca Rodríguez nos mostraba el impacto de una bala en la pared, las flores incipientes, el primer gentío que miraba el hueco sangriento por el que se fueron dos vidas. La lluvia no cesaba. La gente iba tomando pacíficamente la Plaza Nueva y el Anatómico Forense. Dolor, rabia, zarpazo en el sur, no hay lugar para la sonrisa, desgarró brutal.

En Andalucía directo comenzaron a verse las primeras manos blancas, las primeras velas encendidas, la angustia de los naranjos entre el vibrar de las pancartas pacíficas. No son nadie sin pistolas. Me embarga la tristeza, dijo Teófila Martínez. Vengo a traer el pésame del pueblo vasco democrático, nosotros no somos esas alimañas, esas sabandijas, dijo Carlos Iturgáiz. Luego las víctimas. El era brillante, atento, educado, simpático, trabajador, exigente. Ella era una mujer inteligente, cordial, familiar, gran persona. La capilla fúnebre es el salón de Plenos del Ayuntamiento. Soledad Becerril bajaba la mirada, aguantaba las últimas lágrimas, oía que por las escaleras iban subiendo Alberto y Ascensión. Ojalá no tengamos que contarles nunca más noticias como éstas, dijo la presentadora de Andalucía directo.

Hoy hace cincuenta años que murió Ghandi. Muerte amarga, dolor inútil, flores en la esquina. En la tarde sestera y aún neblinosa Irma Soriano se puso al servicio del duelo, mostró el corazón de los que sufren o han sufrido la cercanía del terrorismo. Fue un viernes triste. Qué hacer. Unirse, unirse, unirse. Hartazgo de sangre, la inutilidad de las palabras, el rostro cabreado y sereno de las gentes. Fue un viernes absolutamente en directo. El viernes de una Andalucía dolorida, humana, solidaria, una Andalucía que guardaba en su regazo la angustia del Partido Popular, para calmarla, el dolor infinito de los familiares de las víctimas, para decirles que no están solos. Un viernes que el tiempo guardará en el frío panel de las estadísticas, como otros tantos; ya olvidados. Un viernes que no ablandará el corazón de los salvajes etarras, ni de los trogloditas batasunos. Tom Martín Benitez lo definió con milimétrica justeza, al cerrar su programa de noticias: "Hoy somos ocho millones de Concejales del PP".

Manuel Juliá
EL MUNDO, 1 de febrero de 1998

TRES NIÑOS HUÉRFANOS

Seguro que los etarras tienen madre, hijos, esposas, esposos, hermanos, y hasta son capaces, seguro, de besar a sus niños pequeños al despertar por la mañana, es posible que les cuenten historias de hadas y de gnomos, y les prometan coches o nenucos si se portan bien, y les riñan si les traen notas por mala conducta en el colegio. Seguro que es así, porque lo dicen quienes les conocen. Pero cuesta creerlo.

Cuesta creerlo cuando ves cómo esos hijos de mala madre, aunque sus madres sean unas santas, llevan a su supuestamente querido País Vasco a donde le llevan, a convertirlo en un lugar donde nadie habla en libertad por miedo al tiro en la nuca. Cuesta creerlo cuando ves que esos desalmados asesinan a una mujer por la espalda, simplemente porque su marido es Concejal del Partido Popular. Y matan también a su marido, y dejan a tres niños de corta edad sin padre y madre, y a todos los españoles, a todos sin excepción, un poco huérfanos también porque sus golpes nos duelen hasta llorar, y nos sumen en una especie de desesperación y desesperanza.

Tiene razón Jaime Mayor Oreja cuando repite una y otra vez, cuando echamos las campanas al vuelo por la desarticulación de un comando, o por la detención de un terrorista de renombre, que cuidado con los triunfalismos porque ETA es un enemigo fuerte, peligroso y sólido, con capacidad para reproducirse y para seguir matando. Los últimos asesinatos son una prueba de ello, una dramática prueba, porque ETA está cumpliendo su amenaza de asesinar a Concejales del Partido Popular, como antes mataba siempre que podía a miembros de la seguridad del Estado, militares, empresarios o atentaba contra todo el que se le ponía por delante, en asesinatos masivos e indiscriminados que convertían a cualquier español en potencial objetivo de la banda terrorista.

Ante hechos tan crueles, tan inhumanos, tan sangrientos como los que protagoniza ETA hace ya más de dos décadas, sólo cabe pedir unidad a las fuerzas políticas; pero no sólo cuando acuden a entierros, manifestaciones y funerales, sino siempre. Deben aparecer sólidamente unidas, en un mensaje inequívoco y común, todos los días del año, incluso cuando ETA deja de matar durante unas semanas, que es cuando algunos políticos empiezan a caer en la tentación de abrir la mano respecto a los terroristas.

Y hay que lanzar también un mensaje de respaldo total a las fuerzas que trabajan contra ellos. Para que cuenten con los medios necesarios y no se racaneen gastos.

ETA es enemigo de todos, y por tanto todos debemos mantenernos firmes contra ETA con un mensaje común de rechazo tajante. Aunque no sea más que por respeto a sus víctimas, que hoy se incrementan con un matrimonio joven que acaba de caer bajo las balas de nueve milímetros, y que dejan detrás a tres niños que, ellos también, son ya víctimas de ETA aunque tengan toda una larga vida por delante.

Pilar Cernuda
EL CORREO DE ANDALUCÍA
1 de febrero de 1998

EL ESPÍRITU DE SEVILLA

La multitudinaria manifestación que ayer tarde recorrió las calles de Sevilla es fiel reflejo del sentir popular de un pueblo que no se cansa de clamar por el fin de la violencia terrorista. Un terror que en esta ocasión ha elegido la capital andaluza para dejar una huella de su zarpazo criminal, que será especialmente imborrable no sólo para los tres niños que se han quedado sin padre y sin madre, sino para todos.

El trayecto sevillano comprendido entre el Prado y Plaza Nueva fue tomado ayer por cientos de miles de personas en una imagen muy similar a la que se proyectó en julio del año pasado con motivo del asesinato del Concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco. El asesinato del edil sevillano Alberto Jiménez Becerril y de su esposa añadía a la convocatoria de protesta un factor añadido de proximidad y de familiaridad, por no hablar de dramatismo humano añadido, que ha impulsado a muchísima gente a mostrar su protesta pese a las inclemencias del tiempo. Y también es justo reconocer la respuesta popular, solidaria y recíproca que protagonizaron decenas de miles de vascos que se manifestaron ayer tarde en Bilbao. Porque si ayer decíamos que Alberto y Ascensión eran dos de los nuestros, también lo era Miguel Ángel Blanco, como lo eran los cientos de agentes uniformados y todos los hombres, mujeres y niños que ETA ha asesinado a lo largo de su macabra historia.

El grito silencioso que ayer inundó las calles de Sevilla es un mensaje contundente para los asesinos que ahora se empeñan en extender el horror por doquier, rizando aún más si cabe el rizo de la barbarie. Pero también lleva implícito un especial llamamiento a las fuerzas políticas democráticas para que mantengan la unidad por encima de todo y sin fisuras, y para que esa firmeza se plasme sobre la práctica en un consenso efectivo, que aleje para siempre las polémicas estériles que sólo fortalecen al enemigo violento.

De forma complementaria a este mensaje, hay que reconocer la oportuna incitación al abandono de la ambigüedad que proclamó ayer en su brillante homilía el arzobispo de Sevilla, de la que buena nota debería tomar el clero y el nacionalismo vasco.

Sin distinción de ideología y credos, el pueblo sevillano ha vuelto a expresar con claridad su rechazo a la sinrazón del crimen terrorista, que esta vez ha padecido muy de cerca, y su proclama de cohesión y unidad a las fuerzas políticas para que redoblen sus esfuerzos en la lucha del Estado democrático contra ETA. Si antes fue el espíritu de Ermua, ahora es el espíritu de Sevilla el que lo exige.

EL CORREO DE ANDALUCÍA
1 de febrero de 1998

ALBERTO Y ASCENSIÓN

Muy pronto comprendió que la sombra que le seguía era de carne y hueso, y, a pesar de su decidida altura, no pudo evitar pestañear y que la sombra de carne y hueso huyera como un cobarde. Alberto era grandullón. Nunca conocí a una persona con una capacidad de trabajo tan grande y a un político tan humano. Ascensión era menuda. La conocía menos, pero en más de una ocasión nos saludamos por los pasillos de la Audiencia y de los Juzgados. Era procuradora ante los Tribunales. Y, como si hubiera ocurrido ayer, aún conservo viva en la imagen aquel encuentro con Alberto y Ascensión en la calle Betis durante una Velá de Santa Ana mientras disfrutaban del ambiente en compañía de Antonio García Barbeito y de Mari Carmen. Y la conservo fresca porque me sorprendió su rostro alegre y divertido. Como recuerdo cuando siendo un jovencísimo Concejal del Ayuntamiento de Sevilla ocupaba su mesa en el grupo popular muy cerca de la puerta del despacho de Soledad Becerril. Y cómo siempre se encelaba más que nadie en cumplir con sus obligaciones y en atender rápidamente las peticiones de su jefa. Pero por más que me emocione con su recuerdo, no puedo evitar obsesionarme con un lugar y con una escena. ¿De qué irían hablando Alberto y Ascensión camino de casa? Seguro que habrían subido tranquilos por Argote de Molina y que pasarían decididos ante la fachada del hotel Los Seises para doblar a continuación la esquina que desciende por Don Remondo. Pasos de vida que ya irían pensando en el beso dormido de sus tres hijos, en el éxito del pleno municipal, en la cotidianidad de los tribunales. Él, grandullón. Ella, menuda. Paso a paso junto a las paredes altas y lisas del Palacio Arzobispal. Las luces del fondo de la Plaza Virgen de los Reyes, y unos adoquines que conocían perfectamente sus vidas y las de sus hijos. Y una sombra. O dos. Da igual. Y una sombra de carne y hueso que a lo mejor ni habla, que sólo se aproxima a la conciencia y que dispara a la altura sin más. Y una sombra cobarde que se ensaña luego con su compañera. Los dis-

paros asesinos deberían retumbar y alertar a la ciudad para que sepa inmediatamente que hay un cobarde suelto. O dos. Da igual. Y decirles que muestren su valentía ahora. ¿Valentía? ¿De qué? ¿Escondidos como ratas se es valiente? ¿Aproximándose por la espalda? ¿Estos valientes quieren la independencia de su Comunidad? ¿Así? ¿Huyendo? Me he referido a ellos como cobardes. Pero nada les descubrimos cuando se lo decimos, porque ellos ya lo saben. Lo que ignoran es lo que verdaderamente son, y no es la primera vez que lo digo: unos incultos. Que si tienen la bondad de preguntarle a los cultos de Egin y de hachebé, les contestarán que no significa otra cosa que "persona de corta instrucción". ¿Y qué hacen las personas incultas? Nada, porque no saben hacer nada. Sólo obedecer como descerebrados a los animales de corta instrucción que los manejan. Y así es fácil, porque pueden repetir acciones como ésta última que a todos nos ha destrozado el corazón cuantas veces se les antoje.

Francisco Gil Chaparro
EL CORREO DE ANDALUCÍA
1 de febrero de 1998

OTRO LUNES

Hoy, más que nunca, a Sevilla le va a costar bastante trabajo coger el tran tran de la vida cotidiana. La pesadilla del luctuoso fin de semana ha sido todo lo contrario que un paréntesis lúdico entre dos periodos laborales. Es ley de vida (y de muerte) que cuando la realidad nos empitona se recoloca con tanta celeridad como tino la escala de prioridades, y valoramos en su justa medida lo verdaderamente importante.

Sin duda, hoy adoptaremos una mirada distinta a las adelfas de Carmen Diz, al descabellado proyecto de presunto "metro", a las meteduras de pata de Monteseirín, al dilema sobre los dineros del estadio para el Mundial, a las fatigas de los conservatorios, a los planes de peatonalización, e incluso a los desmanes de la "movida". Siguen y seguirán siendo cuestiones que deben quedar resueltas del mejor modo posible para el interés general, pero quedan completamente minimizadas cuando lo que está en cuestión es el derecho a la vida y el sistema democrático, principio y fin de la voluntad popular libremente expresada.

Que no cese la esperanza, mal que acorralada por unas pistolas. Es lunes, pero qué lunes. Las colas, los baches, los atascos, ~~nos parecerán~~ hoy un remanso de paz. Las discusiones entre recalcitrantes béticos y sevillistas, una tertulia parnasiana. Y habrá que pisar las calles nuevamente de lo que fue Sevilla ensangrentada, para construir el futuro con grandes decisiones y con detalles inadvertidos, con el trabajo bien hecho en suma, sea uno profesor, policía; camarero o concejal. Y llenar de libertad cada esquina, cada hogar, cada corazón, para que los asesinos no tengan ni sombra donde esconderse y queden tan a la vista como el negro sobre blanco que ustedes están leyendo, esa vacuna contra la barbarie que nosotros, los periodistas, les ofrecemos cada lunes y cada día de la semana.

Juan Luis Pavón
ABC, 2 de febrero de 1998

NO ME HA DEJADO

Amanecemos los sevillanos el pasado sábado con el mal cuerpo, la tiritona interior y la sequedad de boca de quien al dejar el sueño es devuelto abruptamente a una realidad intolerable. Como se despiertan en los hospitales quienes tras un breve sueño han de afrontar la inminencia de una operación grave. Como se despiertan quienes han sido vencidos por un sueño compasivo en una madrugada de velatorio y ahora han de cumplir mecánicamente, con un ligero temblor de manos, la rutina diaria de afeitarse, ducharse y vestirse para asistir al entierro de algún ser querido. Porque sentimos las muertes de Alberto y de Ascensión como propias.

La radio sonó la madrugada anterior como los teléfonos que rompen la cotidianidad y desatan el caos del dolor. Ojos que no lloran nunca, los más endurecidos, derramaron lágrimas. Se abrazaban las gentes, en sus casas, llorando incontinentemente. Un periodista amigo, recién llegado de Madrid, me dijo que pese a estar curtido en estas informaciones no pudo impedir que le rompiera el llanto, contenido toda la madrugada en la redacción, al sentarse sólo en el AVE. María Esperanza Sánchez confesó con valor, a micrófono abierto, que llevaba toda la mañana llorando. Iñaki Gabilondo dijo, en las primeras horas del día terrible, lo que pensábamos muchos: ¿estarían todavía durmiendo los tres hijos, sin saber que habían asesinado a sus padres?

Hay que pensar en ese sueño que tan débilmente les protegía del horror que les aguardaba. Hay que imaginar, pero hacerlo realmente, como si los estuviéramos viendo, a los niños durmiendo, en lo cálido y abrigado de un hogar que ellos aún no saben que ha sido destrozado para siempre. Hay que hacer un esfuerzo para oír la respiración regular del sueño absoluto de los niños en la tibia oscuridad de sus cuartos. Y hacer visible la secuencia: los tres niños durmiendo mientras el asesino aguarda, mientras dispara a sus padres en la nuca, mientras los cuerpos están tendidos en el suelo, a pocos

metros de su casa, mientras avanza la noche y ya muchos saben que su infancia ha terminado. Hasta que alguien -hay que ponerse en su lugar, en el instante en el que los vio en el último minuto de su sueño- tuvo que despertarlos para que abrieran unos ojos que nunca volverían a ver a sus padres.

Algo tendrá que hacer la ciudad con estos niños. Necesarios y justos son los honores rendidos a sus padres. Pero Alberto y Ascensión ya están muertos, y ellos están vivos, heridos para siempre. Dentro de diez años, cuando todos menos los más próximos hayan olvidado este crimen, la más pequeña será aún una niña, y la mayor casi una adolescente. Algo tendrá que hacer la ciudad con estos niños, a través de su Ayuntamiento, si quiere ser leal con el lema de su escudo. Declararlos hijos predilectos, algo, lo que sea, para que cuando todo se haya olvidado ellos puedan sentir que la ciudad no olvida. Para que sepan que desde esa noche horrible en la que sólo el sueño les protegía de un dolor que les acompañará siempre, Sevilla, también para siempre, los acogió como suyos.

Carlos Colón
EL PAÍS, 2 de febrero de 1998

TRES NIÑOS SOLOS

Los sacaron de casa apresuradamente, cuando ya la calle estaba llena de serrín, de policías y de periodistas. La mayor, de nueve años, acertó a mirar a la derecha. Descubrió un revuelo de cámaras de televisión y le preguntó a la tata: "¿Qué es lo que pasa ahí?". A la mujer no se le ocurrió otra respuesta: "Es que Ana Obregón está rodando una película". Se los llevó al campo, a casa de la tía Teresa, la hermana de Ascensión. Todavía por el camino -en un coche que extrañamente no se dirigió ese viernes al colegio y que llevaba la radio apagada- la niña preguntó: "¿Dónde están papá y mamá?" La excusa fue entonces que estaban de viaje, en "una cosa del partido".

Llegaron al campo y allí se encontraron con sus primas mayores, que, por casualidad, tampoco ese día tenían colegio y estaban dispuestas a jugar. La televisión, otra casualidad, se acababa de estropear.

El niño de seis años, insistió el sábado: "¿Y por qué no vienen papá y mamá? Tía Teresa contuvo la respiración y le respondió que habían sufrido un atentado. "¿Y eso que es?", quiso saber. "Un accidente", zanjó. La niña de tres años siguió en sus juegos, el chaval de seis se puso serio y decidió guardar silencio. La de nueve años callaba. Como sólo lo hacen los que saben mucho.

Los terroristas de ETA también sabían demasiado. Sabían de Alberto, de Ascensión; de la calle donde vivían, de la esquina por donde pasaban; del arma adecuada, de la munición, de la muerte y de la huida. Sabiendo tanto, ¿desconocerían quizá que Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz tenían tres hijos pequeños? Nunca ETA mandó callar sus pistolas ante un argumento así. Durante años, Juanjo Dorronsoro, el marido de Yoyes -la etarra arrepentida ejecutada por sus ex compañeros-, tuvo que escuchar la misma pregunta de su hijo Akaitz: "¿Mamá no va a volver?"

El rastro de ETA está lleno de huérfanos, pero el viernes, en Sevilla, los etarras dieron un paso más en su locura. Les quitaron a los hijos de Alberto y Ascen la oportunidad de preguntarle a alguno de sus padres por la ausencia del otro.

Ayer regresaron los niños a Sevilla después de unos días en el campo. Pero no a su casa, que sigue tan vacía como al amanecer del viernes, cuando un Seat Ibiza conducido por Fernando Iwasaki, vecino de la pareja asesinada y escritor de profesión, abandonó la calle que se llenaba de cámaras de televisión. Entre él y la tata los fueron engañando, aplazando su encuentro con una verdad tan horrible. "Está bien que no se les diga la noticia de golpe, que se vayan enterando poco a poco, pero no será bueno que se les oculte durante demasiado tiempo", explicó ayer a este periódico una psicóloga sevillana acostumbrada a tratar con niños. "No existe", añadió, "nada que evite un encuentro dramático de los niños con su nueva realidad, pero hay que intentar que el choque sea lo menos trágico posible; creo que, por ahora, la familia lo está haciendo bien".

Una familia golpeada tantas veces en tan poco tiempo. El sábado por la tarde, apenas unas horas después del entierro de Alberto y Ascen, algunos familiares decidieron ir a ver a los niños. Cambiaron sus ropas negras de luto por otras más alegres, se secaron las lágrimas, hicieron votos por estar alegres. Segundos antes de salir de casa, sonó el teléfono. Era la noticia de un nuevo accidente. Marisol, la tía materna de Alberto Jiménez-Becerril, acababa de morir en accidente. "Es fundamental", sigue hablando la psicóloga, "que no se modifique demasiado el entorno de los niños, que sigan en el mismo colegio -las niñas en las Irlandesas, el niño, en el Claret-, con los mismos amigos... Que una pérdida tan irreversible no se agrave aún más".

Ya saben que sus padres han muerto, que fue un accidente, que no volverán. Pero no saben -eso no, cómo explicarle esas cosas a un niño- que fue por la espalda, un pistolero de ETA, alguien con quien ni su padre ni su madre cruzaron jamás una palabra. Otro valiente experto en disparar por la espalda. No saben tampoco -¿lo sabe alguien quizá?- por qué sus padres están hoy muertos y enterrados, tan jóvenes, tan alegres, tan enamorados. No les han dicho -ya lo sabrán- que ETA se podía haber ahorrado una bala, que matando a Alberto, Ascensión se hubiese muerto de pena. No saben -ya les enseñarán los periódicos de estos días cuando sean mayores- que al funeral asistió una Infanta de España, el presidente del Gobierno y de la Junta de Andalucía, ocho ministros y mucha gente importante.

Y tampoco saben -no llegarán a decírselo- que el domingo por la noche, tres días después del atentado, nadie de ningún organismo oficial se había puesto en contacto con la familia para ofrecerle la ayuda de un psicólogo: de un experto que les ayudara en la difícil tarea de explicarles a tres niños solos que papá y mamá no van a volver nunca.

La niña mayor volverá dentro de unos días a recorrer las calles del barrio de Santa Cruz, las que conoció de la mano de su padre camino de las clases de inglés en el Instituto Británico, de la academia donde aprendía a bailar sevillanas. Dentro de unos días, al chaval, en el colegio, algún compañero de pupitre le retransmitirá en diferido la tragedia. "Nadie podrá evitar que eso ocurra", dice la psicóloga.

Que se enteren de todo lo que pasó mientras ellos dormían tan cerca, un tiro y otro, sus padres en el suelo, muertos para siempre. Que lo sepan incluso por las palabras crueles que los niños utilizan a veces; por la lástima de la gente al mirarlos; por el llanto de su abuela Teresa.

La familia de Alberto y Ascensión, sus amigos, creen que el trago más amargo será para la niña de nueve años, que los otros -tres y seis años- distraerán la pena con sus juegos, se olvidarán más fácilmente. La psicóloga no cree que eso vaya a ser así. La mayor llorará por su padre y por su madre, por no poder disfrutarlos más; los pequeños, por no haberlos saboreado apenas.

Pablo Ordaz
EL PAÍS, 2 de febrero de 1998

A SOLEDAD BECERRIL, CON ORGULLO

Junto a la iglesia del Sagrario, el técnico de televisión guardaba en un maletón su cámara y sus archiperres, y otro venía, como en maniobras del Regimiento de Ingenieros número 2, el que mandó como coronel el padre de Luis Cernuda, enrollando los hilos del cableado que en un dos por tres habían hecho de toda la avenida, de la Catedral, de la Plaza Nueva, de la Puerta Jerez. Era el sábado, hacia las diez de la noche, y por los arbotantes de la Catedral aún resonaban las palabras de Soledad Becerril que los altavoces trajeron, desde la "Plaza Nueva, Plaza Nueva, plaza vieja para mí"... Cómo ha estado Soledad en estos días... Ayer por la mañana marqué el teléfono de su casa, pero me salió un fax; que ordinariéz, Rafael Atienza, tener un fax enchufado en la casa, no me esperaba esto de ti. Así que le diré con recado de escribir y aquí delante de la parroquia lo que iba a decirle en privado, tu fax tiene la culpa, Rafael Atienza:

—Soledad, hija, te llamo para dos cosas. Una, para darte el pésame por el asesinato de Alberto y de Asen, que con todo lo que has tenido en estos días no me parecía bien importunarte con algo que ya sabías. Lo segundo, para decirte lo que querrán expresarte muchos sevillanos, Sole: que estoy muy orgulloso de tener una alcaldesa como tú y que, aunque haya sido doloroso el trance, España entera se haya enterado por fin de la alcaldesa que los sevillanos nos hemos dado. Nunca hemos podido estar mejor representados. Hacías en cada momento justamente lo que los sevillanos queríamos que hicieras. Ni más ni menos, como la filacteria de Valdés Leal que descubrimos en el Rafael Alberti de *A la pintura*. No está mal traído esto de Valdés Leal, porque tú nos has ayudado a los sevillanos a que pintemos colectivamente este terrible cuadro de las postrimerías, donde no ha habido un arzobispo muerto, sino un Carlos Amigo Vallejo que nos ha demostrado que hay

una Iglesia de esperanzas que, gracias a ese Dios en el que Setién no cree, es otra cosa que la complicidad con los asesinos de Alberto.

Antes de que nos echáramos a los silencios de la calle San Fernando, a los silencios de la Puerta Jerez, a los silencios impresionantes de la Avenida (aquella avenida del Silencio Verde de la Macarena cuando los veinticinco años de la Coronación); antes de tus palabras desde el balcón con los versos de Juan Sierra que recitara Alberto, me sorprendió tu temple. Al que, en su momento justo, has puesto lágrimas. Perteneces, Sole, a una clase social que ha sido educada para contener sus sentimientos, para no expresarlos en público. Para no llorar. Pero tú has llorado cuando el corazón te dijo que lloraras. No llorabas por tí solamente. Tus lágrimas eran las de toda la ciudad. Si siempre democráticamente nos representas a todos los sevillanos, te hayan votado o no, con tus lágrimas te has ganado la representación de los sentimientos de todos los sevillanos. Hayamos llorado o no.

Has sabido estar a la altura de Sevilla, eso que no se aprende en los libros, eso que no viene en los tratados de ciencia política. ¿Quién le ha dado al sevillano ese manual de perfecciones que es su profundo y espontáneo sentido del saber estar? ¿Te has fijado, Soledad, cómo la gente ha sabido estar en estas difíciles horas? Nadie convocó en la Plaza Nueva, tu bando vino mucho después; nadie dijo que le diéramos a Alberto y a Asen el homenaje de aquel silencio como de estar viendo pasar el Silencio... Y al par de esta aflicción, lo que no se ha dicho: la perfecta improvisación de la logística del dolor. Hasta cada silla del crucero de la Catedral tenía una cédula con el nombre de quién debía sentarse en ella. Todo organizado al detalle, y como aquí hacemos las cosas, sin que se note que las estamos haciendo. En nuestro tradicional arte de las improvisaciones, ha sido impresionante esta arquitectura efímera del dolor de Sevilla. (Y dile a Rafael que quite esa ordinariez del fax, Sole. Perdón si te he puesto colorada en público; el fax de Atienza ha tenido la culpa...)

Antonio Burgos
EL MUNDO, 2 de febrero de 1998

PARA MI HERMANA ASEN

A todos los sevillanos. A todos los andaluces. A todos los españoles. Mi más profundo agradecimiento a todos por las muestras de solidaridad demostradas. Mi hermana, Ascensión García Ortiz, asesinada el día 30 de enero de 1998, también lo estaría si no hubiese sido ella la elegida. Asen, como así le gustaba que le llamaran, por su carácter alegre y jovial y por las inmensas ganas de vivir que tenía, porque era todo un ejemplo de madre y esposa, fue la víctima ideal del terrorismo. Sabía que su marido, Alberto, era objetivo de ETA. Y siempre iba con él. En alguna ocasión comentó que si a su marido le hacían algo, ella también caería. Sabía que detrás podría dejar a unos hijos que cuidar y educar, pero también sabía que tenía una familia capaz de sacarlos adelante. Y hoy, tres días después de su muerte, con el dolor muy reciente en nuestros corazones y cuando ya apenas nos quedan lágrimas para seguir llorando, sabemos la difícil misión que nos encomendó y ya nos hemos puesto a trabajar. Sé positivamente que ella, desde el cielo, nos va a ayudar a conseguirlo. Y desde aquí, querida Asen, te prometo que será el principal objetivo de nuestras vidas, de la de tus padres y de la de tus hermanos.

Cuando en un principio se comentó que te habían matado de frente, no me extrañó en absoluto, pues, conociéndote, te imaginé revolviéndote contra el asesino de Alberto y plantarle cara en un desafío fatal. Pero cuando tu autopsia ha revelado que te mataron por la espalda, caí en la cuenta de que tú también eras el objetivo de ETA. No sé si alguna vez veré la cara de la "persona" que te mató, pero creo que no es lo mejor. Y si esta carta que estoy escribiendo, algún día la lee tu asesino, quiero que sepa que lo único que siento por él es un profundo desprecio. Yo no sé quién eres. Pero si algún día te cruzas en mi camino, da la vuelta y vete, no vaya a ser que pierdas tus partes de hombre, si es que lo eres. A tus padres, que a lo mejor son hasta buenos, sólo les deseo que pasen lo que han sufrido los míos; y a tus hermanos, lo que

hemos sufrido los hermanos de Asen. Para ti, ya te puedes imaginar lo que deseo. Y para todas esas personas que os apoyan de forma directa o indirecta, pedirles que recapaciten sobre lo que han hecho. No han matado a un Concejal. Hoy ya hay otro. Y por muchos políticos, policías, guardias civiles o militares que matéis, siempre habrá otros. Pero sí habéis matado a padres de familia, a hermanos y a hijos. Y esos sí que no se pueden sustituir. Estáis construyendo una historia del País Vasco llena de sangre de personas buenas. Con unos héroes que no son más que asesinos de padres de familia. Qué valientes... Qué asco me dais. Y lo peor de todo esto es que dentro de diez, quince o veinte días, cuando os parezca oportuno, volveréis a asesinar. Y volveréis a destrozard otra familia. Porque hasta que no os convenzáis vosotros mismos del absurdo de estos crímenes, éstos no cesarán. Porque coger una pistola y matar a una persona por la espalda es muy fácil. Sobre todo para vosotros, porque a mí me resultaría muy difícil. Me resultaría muy difícil matar. Y sobre todo por la espalda. Le pido de todas formas a Dios que os ayude a comprender y os haga entrar en razón. Y que Él os perdone. Porque yo no puedo.

En fin, Asen. Sé que ahora, en el cielo, alegrarás a todos los que estén contigo. Te pido que a los que aún estamos aquí, nos ayudes a cumplir con nuestro trabajo y obligaciones. Que hoy, todavía con el profundo dolor que sentimos por tu muerte, sepas que nunca te olvidaremos y ojalá tomemos el ejemplo de tu vida como referencia para la nuestra. Y ahora, cuando las lágrimas me vuelven a salir de los ojos y ya no tengo más fuerzas para seguir escribiendo, te mando un beso muy fuerte. Tu hermano que te quiere,

Rafael García Ortiz
ABC, 3 de febrero de 1998

CON DOLOR Y CON RABIA

Nos conocimos en Triana, en el acto de colocar una placa en la fachada de la casa donde viviera Pinzón. Más tarde, tomamos una copa juntos y me presentó a su mujer, Ascensión: una muchacha alegre como un cascabel; una sonrisa de primavera; una cara llena de gracia; de ángel. Él era alto, bien plantado y extraordinariamente simpático. Luego, al paso del tiempo, supe que, además, era honrado, dialogante, trabajador y cumplidor fiel de los deberes que le había encomendado su ciudad, como Concejal en el Ayuntamiento de Sevilla. Eran Alberto Jiménez-Becerril y su mujer, Ascensión García Ortiz: las últimas víctimas -por ahora- de la más abyecta de las crueldades, que es la que sólo sirve para regar una calle de sangre inocente.

En estos días -y por eso he faltado a mi cita con ustedes- me he visto, y aún me veo, corneado por el toro astifino de la enfermedad: a una bronquitis obstructiva se han unido una gripe de caballo, un cierto estado depresivo, que espero de ida y vuelta, y algún contratiempo de añadidura. Les aseguro que, en esas horas interminables de la dolencia, ni un segundo he dejado de pensar en los amigos asesinados ni en los monstruos que apretaron el gatillo.

Dicen que la Policía no tiene aún pistas que seguir. Busquen a los criminales entre los abortos del infierno; entre la canalla que no sabe distinguir el bien del mal; entre los cobardes que necesitan el amparo de las sombras para atreverse; entre los malnacidos sin corazón y sin alma; entre los maricas clandestinos, esos que se pasan la vida con su secreto a cuestas para no perder estado ni prestigio. Sobre todo, busquen entre aquellos inútiles, cargados de complejos, que se creen hombres al disparar en la nuca.

Entre ellos están, no les quepan dudas. Amparados por políticos "nacionalistas" que, tras celebrar un pleno en el Ayuntamiento de su pueblo, van

presurosos a su casa en busca del pasamontañas y de la pistola, para cometer la "hazaña" del día. ¿Por qué van a retraerse? ¿No tienen a su lado a más de un obispo y a un ex jesuita chulesco y provocador?

La Constitución prohíbe muchas cosas, pero acepta otras muchas. Entre éstas, la intervención directa del Estado en una Comunidad Autónoma cuando el Gobierno de esa Comunidad se rige por unos principios que ponen en peligro la unidad de España.

¿Y las Leyes Especiales? ¿Para qué están, sino para hacer uso de ellas cuando la situación del país sea insostenible, como lo es ahora, rehén del terror? Todo el que pertenece a una banda asesina es un asesino, en la práctica o en potencia, porque si no le ha tocado un día le tocará otro. ¿Con qué exultante alborozo recibirían los españoles la implantación de una Ley Especial por la que se condenase a cadena perpetua a todo aquel que perteneciera a ETA, en el grado que fuera y en la actividad que tuviese encomendada! ¿O acaso están esperando los políticos que todo el pueblo, absolutamente todo, incluidos los más pusilánimes, exijan al Gobierno una medida extrema que no significaría sino un retroceso en el camino de nuestras libertades?

Claro que, bien mirado, ¿para qué queremos esas libertades que a nadie puede garantizarle el derecho más elemental, que es el de la vida?

La vida que han perdido Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz, a manos de dos monstruos que un día -más tarde o más temprano- pagarán su abyecto y repugnante crimen.

Manuel Barrios
ABC, 3 de febrero de 1998

MÁS ADUSTOS

Estábamos ilusionados, en el interior de cada pecho y cada mañana, con la proximidad prometida y fiel del azahar. Mirábamos ya a hurtadillas hacia las copas de los naranjos, y hasta aspirábamos furtivamente alguna íntima bocanada con el deseo secreto de ser los primeros en descubrir el campanazo olfativo de la primavera sevillana. Ejercíamos de hijos de la Bética hiperclásica, o tal vez de primer habitante de ese poblado de palafitos que dio lugar a Hispalis sobre la cuesta del Rosario de la vida, que nunca se sabe si se sube o se baja pero a cuyos extremos siempre hay un crucifijo. Aunque todos cargáramos con alguna cruz, jamás dejábamos de ser andaluces de Sevilla, aliento de España desde este diván meridional de contemplación gozosa y reserva espiritual de alegría para un Occidente en decadencia y deprimido desde hace, más o menos, un siglo.

Eramos andaluces, y por lo tanto voluntarios del ánimo para todo aquel que lo estuviera perdiendo sobre la piel de toro. Es eso, y no el sol astronómico lo que vienen buscando las riadas de turistas de todos los colores, razas, culturas y temperamentos cuando hacen cola ante la puerta del León o van a dar al mar, allá por las costas de pescadores pobres y sonrientes, que se saben conocedores de la verdad que no sólo les hace más libres sino más longevos y menos cardíacos que en ninguna otra región de Europa.

Todo eso se ha venido abajo. Lo han conseguido. Como decía la otra noche de silencio penitencial y de quinta angustia la Alcaldesa de Sevilla, ganaremos, sí; en ninguna cabeza no tarada cabe otra cosa. Ganaremos la batalla social y política. Es cuestión de tiempo, de estación dolorosa y de huérfanos. Hay ya un partido político en la sombra, pero que aflora, formado por víctimas del terrorismo, y se está amasando un trozo importante de generación que buscará a sus padres hasta la muerte, muy por encima de la política. Esa guerra la ganaremos sin duda. ¿Pero y la otra? ¿Y la de dejar de ser como éramos?

Porque nadie me negará que los sevillanos, los andaluces, ya no somos iguales que antes de la madrugada fatal del viernes -santo y martirial- que vio correr la sangre de nuestras venas sobre los adoquines húmedos que flanquean -casualidades- Cáritas y Manos Unidas. No son palabras, es nuestra alma la que se estampa en este acta notarial sobre el papel caduco y sin embargo eterno del periódico. No va a ser igual absolutamente nada. Nos han quitado hasta las ganas de tomarnos una cerveza con los amigos, y cuando miramos los ojos de nuestros hijos, buscando en ellos como náufragos y como siempre la gran y única esperanza, vemos las niñas de los ojos de esos niños que, como se coreaba en la gran manifestación con inusitado acierto, no están solos...

Querida y entrañablemente admirada Soledad, amigos Javier y Amalia, hijos míos Ascensión, Clara y Alberto, respetado presidente del Gobierno de mi Patria: es verdad que no nos van a doblegar, que no van a cambiar las decisiones soberanas del libre pueblo español. Gente mía que la otra noche arropasteis con vuestro dolor el mío y el de los bienaventurados que lloran, son perseguidos y tienen el corazón limpio: sin duda que no va a lograr enloquecernos como pretenden. Pero, ¡ay!, ya no somos los que éramos. De un par de pistoletazos, incrustados en los dormitorios del arzobispo de la Diócesis de Justa y Rufina, han atravesado la sién de nuestro carácter, han logrado mutar nuestro talante, y tumbar al Giraldillo que remata la torre fortísima con la gigantesca Palas Atenea de la fe herida por la palma de la oblación.

No sé tú, paisano lector que espero coescribas estas líneas con tu solidaridad, pero lo que es yo soy hoy más adusto, más castellano, menos andaluz que hasta el viernes. O tal vez más escéptico, más senequista, más triste, más prisionero de la pena y de la inhibición, como también hemos sido siempre, por contraste, los andaluces. Y me temo que, como los sentimientos escogidos de esta tierra, sea ésta una arriá perdurable, que seguramente nos acompañe hasta que descansemos en la paz que los hijos de la ira -y de otras cosas- les han impuesto a Alberto y Ascen. Este año se nos ha caído hasta el ansia de inhalar el mensaje albo de la flor puntual y tierna, solemnísimas renovación de la existencia, gloria de estar vivos. Porque, desde el viernes ese que debiera haber sido una pesadilla, ¿estamos vivos? ¿Estamos tan vivos como antes? No.

Ángel Pérez Guerra
ABC, 3 de febrero de 1998

CONTRA EL OLVIDO

*Para Ascensión, Clara y Alberto,
que no lo van a leer todavía.*

Alguien os guardará para cuando seáis mayores este artículo que ahora no podríais leer. Un día, cuando crezcáis, en la casa de vuestros tíos encontraréis una carpeta llena de recortes que hablarán de vuestros padres. En esos papeles amarillentos hallaréis el testimonio de una tragedia que ahora os está siendo hurtada para que no se desmorone vuestro pequeño mundo de juegos y esperanzas, un mundo en el que siempre ganan los buenos y en el que siempre hay hueco para la fantasía. Esa carpeta no la podéis abrir hasta que no seáis mayores, porque sólo los adultos pueden aceptar, y no del todo, que se desmoronen sus certezas. Y cuando llegue ese momento, cuando el dolor ya sea sólo una cosquilla en la médula de vuestros lejanos recuerdos, yo quiero estar presente en la reconstrucción de esa memoria a la que tenéis derecho. Y a la que tienen derecho vuestros padres, a los que han arrebatado de golpe la vida y el futuro.

La otra mañana, bajo la densa lluvia de enero, cuando la Catedral era un silencio estremecido, cuando hasta el órgano apagó los compases de Bach para dejarle sitio a un aire eléctrico cargado de rabia, quizá merecíais haber estado allí. Lo malo de la infancia es que son los adultos los que deciden, y acaso un día os preguntéis por qué os hurtamos entre todos esos instantes de grandeza. Espero que sepáis perdonarlo; cuando leáis esto, cuando veáis los videos de esta semana amarga, quizá querréis haber vivido lo que ahora os ha sido negado. Nadie sabe, a ciencia cierta, qué era lo mejor; quizá teníais derecho a comprender, desde ya mismo, desde vuestra inocente orfandad, que la hija del Rey de España lloró en el funeral de vuestros padres, que el

país entero se acordó de vosotros, que la ciudad en que nacisteis gritó a coro en las calles que no estáis solos. Acaso ahora no lo habríais comprendido. Pero yo quiero que, cuando sea que leáis esto, sepáis sin ningún género de dudas quiénes sois: los hijos de un tiempo de infamia.

Es posible, Dios quiera, que, cuando abráis la carpeta de los recuerdos ya no exista el conflicto que mató a vuestros padres. Puede que os sea entonces más difícil de entender por qué no habéis crecido junto a ellos. Pero yo os juro que ahora tampoco lo entendemos, que no nos cabe en la cabeza, ni en el corazón, ni en las vísceras, por qué han matado a dos inocentes que llevaban un ramo de flores mientras vosotros dormíais con el sueño de la paz.

Yo os pido ahora que no lo entendáis nunca, que no aceptéis jamás la lógica macabra de la Historia, ni de la casualidad, ni de la injusticia. Que no perdonéis nunca, ni siquiera en el fondo de vuestro corazón, la maldad que os ha arrebatado la inocencia. Os pido que no olvidéis, porque a una persona se la mata dos veces: una con la muerte, y otra con el olvido. Os pido que recordéis que nunca podréis ser los mismos. Os pido que guardéis una pizca de ira para quienes os quitaron lo que ya nunca podréis tener.

Anoche, ¿sabéis?, llevé una rosa al sitio donde los mataron. Estaba lleno de velas y de flores que nunca veréis. Pero sabedlo siempre: Alberto y Ascensión eran, en el buen sentido de la palabra, buenos, buena gente que vive, trabaja, pasa y sueña. Si el tiempo borra alguna huella de su paso por la vida, sabed que en la carpeta de papeles de estos días de oprobio está escrita por miles de manos la verdad que ahora os hemos escondido para preservar vuestra pureza.

Ignacio Camacho
EL MUNDO, 3 de febrero de 1998

EL FOLIO

Mañana se discuten los presupuestos municipales. Y no los defenderá Alberto Jiménez-Becerril. Su ausencia ya no tiene remedio. Pero sí estarán en el Salón de Plenos todos los demás. Todos esos concejales que lloraban desconsoladamente el pasado viernes y a los que yo quiero dedicarles muy sentidamente este folio del miércoles en la tarde. A esos políticos cercanos que viven casi en la frontera del anonimato y de los que sólo nos acordamos cuando se equivocan, como, muy acertadamente, dejó escrito Ignacio Camacho el sábado pasado en la edición andaluza de El Mundo.

Ellos hicieron humana la política en esas horas trágicas del viernes en las que Sevilla amanecía cargada de muerte y proclamaron que la amistad y los sentimientos tienen que estar siempre por encima de las legítimas discrepancias. Es por eso que hoy quiero rendirles mi modesto homenaje.

Y así, a bote pronto, me acuerdo del joven Pizarro, de ese cascabel cargado de coherencia que se llama Paula Garvín, del muy sevillano Pepe Rodríguez de la Borbolla, del discurso impresionante de Pepe Romero cuando dijo aquello de "hoy todos somos concejales del Partido Popular".

Me acuerdo de José Manuel Cervera, de Montserrat Badía, de Juan Ortega, de Pepe Hurtado, de Manolo García, ... de Carmen Diz, intentando hablar sin palabras ante los féretros de sus amigos Alberto y Ascen.

Me acuerdo de Rosario Conde, de Luis Miguel Martín Rubio, que seguramente nunca podrá olvidar la visión de los dos cadáveres tirados en la calle Don Remondo, con la ciudad en silencio y la sangre corriendo por el adoquinado; me acuerdo de Pepe Gallardo, de Ricardo Marqués, de Isabel Guerra, de Alberto Morales, de Carmelo Gómez, de Lola Meléndez; y me acuerdo de José Luis Villar y de sus lágrimas sin consuelo recordando las interminables negociaciones en las que él y Alberto, cosecha política sevillana del 87, oficiaban de subsecretarios para que después los patrones pudieran cerrar los pactos.

Y me acuerdo de Alejandro Rojas Marcos, metido en el abrigo de la humanidad, envuelto en la bufanda del dolor, a pesar de su apariencia tan segura. Y, sobre todo, me acuerdo de Soledad. Me acuerdo de ella y le agradezco como sevillano su categoría, su consternación serena, su explicación sencilla, su carácter de mujer excepcional. Porque Soledad Becerril Bustamante, atravesada por la pena y consumida por el dolor, nos ha demostrado a todos que es una mujer excepcional. Una Alcaldesa que en esas horas trágicas ha tenido el coraje suficiente como para mirar a la ciudad a los ojos y que sólo ella sabrá qué debió sentir en esa fría madrugada del viernes cuando desde su despacho llamó uno por uno a todos los familiares de Alberto y Ascen para informarles de lo ocurrido.

Y al día siguiente, mientras que llovía y llorábamos, mientras que Monseñor Amigo decía lo más definitivo que ha sido capaz de decir la Iglesia de estos asesinos, Soledad representó a Sevilla con la dignidad que la ciudad merece. Fue siempre la primera en el dolor, pero sin un exceso; se puso al frente de los sevillanos para acoger a los ilustres visitantes que vinieron a testimoniar su pésame y con todos ellos, con los duques de Lugo y con el Presidente del Gobierno, con los ministros y con el Presidente de la Junta, fue la anfitriona exquisita que supo darle a cada cosa su medida.

Y quizás de ese modo, Soledad Becerril resumió mejor que de ninguna otra manera el espíritu tolerante y abierto de una ciudad que quiere la paz, que vive en la esperanza y que amanece cada primavera a la pasión de la vida. Una ciudad a la que le pegaron el viernes dos tiros en la nuca. Y eso ya siempre estará con nosotros. Pero muy particularmente con esos tres niños que ya no tienen padres, con esas familias a las que les han robado la alegría y el futuro y con esos concejales que mañana, cuando empiece el Pleno de los presupuestos, tendrán plena conciencia de que ya nada será igual que antes.

Por eso quería mandarles esta tarde un abrazo a quienes defienden los intereses de la ciudad, a quienes luchan por esas cosas que nos hacen cada día más felices y más personas. A quienes son nada más y nada menos que representantes del pueblo de Sevilla. Como era Alberto. Ánimo y mucho cuidado.

Manolo Rodríguez
RADIO VOZ, 4 de febrero de 1998

RECUERDOS IMBORRABLES

Todavía no he logrado superar el impacto que me ha producido la muerte criminal e injusta de mis dos buenos amigos Alberto Jiménez-Becerril y Ascensión García Ortiz; todavía me hierve la sangre por la rabia, el dolor y la impotencia. Vienen a mí recuerdos muy cercanos en el tiempo que pasan como escenas de películas, de una película ya antigua que se superpone a la cruel realidad.

Parece que ha transcurrido toda una vida desde que conocí a Alberto; la diferencia de edad, yo era cinco años más joven que él, nos hizo encontrarnos en situaciones muy diferentes dentro de la entonces Alianza Popular, pues yo militaba en Nuevas Generaciones, cuando él era ya secretario general provincial con Ricardo Mena como presidente. A partir de ahí trabajamos codo con codo, no sólo a nivel de partido, sino en nuestra lucha por la ciudad de Sevilla, por la que vivió y ha muerto.

En 1987, Soledad Becerril contó con nosotros para que formásemos parte de su equipo de candidatos al Ayuntamiento de Sevilla, y desde entonces nos dedicamos por entero a Sevilla, en una primera legislatura como oposición, después como gobierno municipal.

Recuerdo su trabajo en Salud, su paso por la Delegación de Triana, barrio en el que no se le llamaba concejal-delegado, sino Alcalde de Triana, su lucha, no sólo la Velá, con la que tanto disfrutaba por su carácter alegre, sino por la mejora social y urbanística del barrio y su gente; su preocupación luego en la difícil delegación de Hacienda, porque los dineros municipales son pocos y muchas las necesidades, su trabajo con los sindicatos como delegado de Personal, y recuerdo cómo, cuando tuve el honor de ser nombrado portavoz del Partido Popular en el Ayuntamiento, él fue mi adjunto.

También formó parte de mi ejecutiva desde que fui nombrado presidente

provincial del partido. Esta relación tan estrecha no tenía más remedio que derivar en unos fuertes lazos de amistad. Conocí a su novia Ascen y les vi contraer matrimonio; celebré con él la llegada de su primer hijo, y luego el segundo y el tercero, niños que por causa de una mano asesina y despiadada han quedado sin padres; comprobé que detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer, porque viví las inquietudes de la esposa por el trabajo del marido; su apoyo en todo momento porque quería ser, y lo fue, esposa, madre y compañera. Hasta en algo tan festivo como la Cabalgata de Reyes Magos coincidimos, ya que poco después de ser yo mago de la ilusión, lo fue él también, lo que sirvió para que me pidiese consejos sobre la forma de realizar el recorrido en el cortejo sin que terminase rendido por el mucho esfuerzo que durante el mismo hay que llevar a cabo.

Y todo ha pasado ya, en un instante, en un suspiro, en el tiempo en que un maldito índice aprieta un gatillo traidor y asesino sobre las cabezas de unas personas de bien, padres ejemplares, sevillanos cabales. ¡Cuántas ilusiones, cuántas empresas inacabadas, cuántas cosas se han perdido y nunca podrán ser recuperadas, en ese maldito instante!

Al conocer la triste noticia vinieron a mí mente unos versos:

*Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de dónde estaba.*

Porque ya Alberto no podrá pedir más, como me pedía a mí, cuando presidía las cofradías del Martes Santo, y veía aparecer el primer nazareno de la Hermandad de San Benito en la Plaza de San Francisco, que le dejase el sitio, porque venía su hermandad, y quería ser él quien estuviese en la presidencia, y cuando se sentaba en el sillón, con la cara radiante, hacía algo que pasaba inadvertido para casi todo el mundo, y es que se quitaba la medalla de la Corporación, para lucir en su pecho, en ese amplio pecho sevillano, la de su hermandad querida.

Sirvan estas tristes líneas, junto con mis lágrimas, como homenaje a estos compañeros y amigos vilmente asesinados. El vacío que dejáis en nuestras vidas sólo podrá llenarlo el recuerdo imborrable de todo lo que hemos compartido.

Jaime Bretón Besnier
ABC, 5 de febrero de 1998

EL DOLOR

Los dedos de una mano son demasiados para contar los Amigos, así con mayúscula, que se tienen en la vida. Yo he perdido dos de golpe. Nunca en mi vida me había sentido tan sólo como me siento ahora, escribiendo estas líneas con una foto de Alberto y Ascen delante. Sonrien y me parece oírles ¡venga Ton, ámate!

Mi mujer, Carmen, que tanto compartió con ellos, me mira y, sin palabras, me pregunta por qué: por qué Clarita, Alberto y Ascen no van a ver a sus padres nunca más, por qué no conocerán a la hija que esperamos y de la que tanto habíamos hablado, por qué esos planes que hicimos la otra noche en vuestra casa se perderán para siempre en la inmensa oscuridad del pasado, por qué no se me ocurre cómo consolar a sus buenos amigos: Joaquín, Paloma, Esther, Pepe, Vicente...¿Cómo vamos a superar esto?

Y aunque intento seguir, aunque mi trabajo me ha obligado a mantenerme todo lo firme que he podido, tragándome lo que no hay en los escritos, me miro por dentro y veo un siniestro total, y floto en esas lágrimas que no he podido llorar y que me están ahogando.

Ascen, Alberto, ayer me acerqué al lugar donde os mataron. Aunque os resulte extraña esa recreación en alguien tan cercano, quise recorrer vuestro último paseo, pisar esas calles. Me costó, pero lo hice, porque me niego a que nadie convierta nuestra Sevilla, la que tanto quisisteis y la que tanto quiero, en una ciudad fantasma, llena de sombras, sospechas y amenazas, con esquinas y lugares prohibidos, con rodeos para no encontrarse con la verdad. Me costó, pero lo hice.

No pretendía escribir frases tan deshilachadas y tristes. Hubiera preferido hablar en esta carta de todo lo bueno que vivimos, de cuánto nos divertimos en cientos de ocasiones, de cómo me aconsejasteis en muchos momentos de

mi vida que creía duros y que ahora me parecen bromas, de la felicidad con la que habiais construido una familia tan bonita. Pero no puedo. Sólo hay pena y dolor, el intenso dolor de una negra pesadilla de la que no podremos despertar jamás.

Juro por Dios que nunca os olvidaré.

Antonio Martín Iglesias
Jefe de Prensa de la Alcaldía de Sevilla
ABC, 6 de febrero de 1998

CIUDADANOS EJEMPLARES

Cuando un concejal encargado de la seguridad llama a un alcalde de madrugada debe ser algo así como cuando a medianoche suena el teléfono que tiene a su lado el Ministro del Interior. El viernes 30 de enero, tras oír las primeras palabras de quien estaba al otro lado del teléfono, comprendí que alguna tragedia había sucedido, pero no pude sospechar lo que tan cerca de mí había ocurrido. Cerca, porque era mi concejal, cerca porque eran amigos muy queridos y, como yo, servidores públicos, cerca porque eran padres ejemplares de adorados niños a los que con frecuencia veíamos en el Ayuntamiento.

Mi llegada al Ayuntamiento fue muy distinta a la de todos los días; no había nadie por la calle, el interior de la Casa Grande estaba apagado y hacía mucho frío en mi despacho. Las llamadas que inmediatamente debí hacer fueron dolorosas; ni siquiera sabía si las personas a las que me dirigía iban a resistir lo que tenía que decirles. Por eso tensé la voz y no di respiro a quien me escuchaba; con suavidad pero sin pausa alguna dije lo que había sucedido.

Pocas horas más tarde se celebró un pleno que era extraordinario por la hora, por el marco -el salón de la planta alta-, por el ánimo de los concejales -bien distinto al habitual-, y por los asuntos a tratar: declarar dos días de luto por el asesinato del concejal y Teniente de Alcalde Alberto Jiménez-Becerril y su mujer, M^{ra} Ascensión García Ortiz, y concederles la medalla de la Ciudad.

La entrada de los féretros en el Ayuntamiento, a hombros de los concejales, es seguramente la imagen más triste que puedo recordar. En aquél salón de alfombra roja, de paredes tapizadas, de sillería isabelina que tanto deslumbra, lloré y vi llorar a los concejales por mi compañero y por su querida mujer, Ascen; sentí muy cerca el calor de los sevillanos que entraban y, en

silencio, subían la escalera tan imponente de aquella Casa; pero para silencios el de la Catedral. Cuántos siglos de ceremonial detrás y cuántos doloridos acordes sonaron en aquella mañana. Frente al desorden y caos que produce el terror, frente a la oscuridad de la muerte y de la violencia estaban el orden, la armonía y la luz de la Catedral y su ceremonia. Sevilla ha mostrado su ser milenario, el poso que han dejado las civilizaciones en nosotros, en nuestros antepasados, en nuestras piedras y en nuestros ritos. Y el Arzobispo, quien muy temprano me manifestó su deseo de celebrar el funeral en la Catedral, estuvo con su diócesis, con su pueblo, dijo aquello del noble oficio de los servidores públicos, dijo también que no debíamos renunciar a que se hiciera justicia.

Estremece pensar que los concejales de Sevilla hemos sido seguidos, quizás durante meses, hasta que los asesinos decidieron qué víctima les parecía más segura y exenta de riesgos. Estremece pensar en esos profesionales del terror y el asesinato, que en Egipto, Bosnia o Sevilla hacen lo único que saben hacer, desprovistos ya de toda ideología, patria o meta. Pero estremece mucho más pensar que personas en apariencia razonables les prestan comprensión, o apoyo, o estima, o evitan solidarizarse con las víctimas. Esta perversión moral, que impide ver o admitir que los asesinatos son el mal absoluto, es la ceguera contra la que debemos luchar. Pues sin ella la condición terrorista aparecería en toda su siniestra locura y sería una cuestión policial.

¿Qué podemos hacer los ciudadanos de Sevilla? Contribuir a que los asesinos pierdan toda cobertura moral, toda comprensión o justificación. Como lo hemos hecho en los días siguientes al horrendo crimen: dando ejemplo de convivencia, de tolerancia y civismo, de antigua cultura y civilización, frente a los etnicismos, tribalismos y otras barbaries.

Sevilla no debe olvidar la tragedia sucedida: los tres niños sin madre y sin padre, la cruel muerte de una mujer que ha sido un ejemplo de madre, de profesional dedicada a su trabajo, de esposa querida por su marido al que seguía en todo momento, y Alberto, el concejal asesinado, que ha sido un hombre de bien para Sevilla, que ha dedicado sus mejores años a lograr el bienestar de los vecinos. Que son unas víctimas inocentes de un terror que existe en la sociedad moderna ante el que debemos rebelarnos hasta lograr sofocarlo porque es pura maldad. El mal en su más puro estado.

Como Alcaldesa me he sentido reconfortada por las miradas, las manos y la presencia de los vecinos; he visto, muy de cerca, la rabia y el dolor que expresaban sus rostros y he compartido con ellos horas tristes. Sólo puedo

sentir gratitud por mi ciudad, y quiero manifestar que honraremos la memoria de Alberto y Ascen como pueblo de bien, que velaremos por el futuro de sus hijos, y que proclamaremos más allá de nuestra ciudad que la paz y la convivencia suponen la dignidad de las personas, y que la violencia y el terror son la negación del ser humano.

Que nuestros compañeros del alma descansen en paz.

Soledad Becerril Bustamante
Alcaldesa de Sevilla
ABC, 12 de febrero de 1998

LA NOCHE ROTA

Era la madrugada del treinta de Enero. En Onda Cero decidimos hablar de amores ocultos. José, desde Tarragona y Feli, en Sevilla, nos contaban sus historias cuando a las tres y veinte, Pepe Fernández, director de la emisora en Sevilla, nos llama porque algo grave ha pasado en la ciudad...

- Buenas noches, Pepe

- Buenas noches, Cristóbal. No tenemos demasiados detalles, pero sí podemos comunicar que, según informaciones que ha podido recabar Onda Cero, parece que se ha producido un... atentado contra un concejal del Partido Popular en el Ayuntamiento de Sevilla.

La noche se rompió. Un escalofrío nos heló el corazón. Están aquí y han matado en la puerta de nuestra casa.

Poco más sabíamos. En ese momento no podíamos facilitar el nombre del Concejal asesinado ni sospechábamos que la tragedia era aún mayor.

Los puentes sobre el Guadalquivir seguían lanzados, pero la noche ya no iba a ser la misma. Julia los cruza desde Barcelona, Ana desde León y Antonio llega desde Granada...

A las tres cuarenta y cinco, una hora antes en Canarias, Pepe Fernández vuelve.

- ¿Alguna novedad a propósito de ese atentado en Sevilla?.

- Podemos aportar a los oyentes de Onda Cero los datos que tenemos. El suceso ha tenido lugar en pleno centro de la ciudad, en la calle Don Remondo. Nos informan que, en este momento, se encuentran allí efectivos de la Policía y dos coches fúnebres, con lo que podría entenderse que han sido dos las personas fallecidas.

Insisto: Las noticias que barajamos hablan de un Concejal del Ayuntamiento de Sevilla y de su esposa.

Mientras la noche continua su camino, la tragedia se agranda.

Me acerco al título del programa -Esta noche o nunca- para cambiarlo: ojalá 'nunca esta noche', ojalá 'nunca más'.

Hablo con Omar, de Pamplona, de lo dificultoso de su amor con una mujer española, siendo marroquí, cuando recibimos más noticias del terrible atentado:

- Tenemos el nombre del Concejal asesinado. Se trata de Alberto Jiménez-Becerril y su esposa Ascensión García Ortiz. Era el Delegado de Hacienda del Ayuntamiento de Sevilla y 'mano derecha' de la Alcaldesa, Soledad Becerril. Si no recuerdo mal Alberto y Ascen eran padres de tres niños pequeños.

A estas alturas de la noche, Onda Cero se ha movilizado enviando al lugar de los hechos a compañeros de los Servicios Informativos que facilitan los últimos datos, las primeras reacciones. La voz entrecortada de la Alcaldesa, las lágrimas de Amalia Gómez forman parte de las imágenes y los sonidos de esa noche dura y larga.

A las seis, cuando la sintonía del programa marcaba su final, me acerqué al Ayuntamiento para estar con quienes vivían el amanecer triste de un día oscuro y gris en Sevilla. Allí saludé a los que habían sido compañeros y amigos de Alberto y Ascen. Fue un sábado de dolor, de incredulidad y, sobre todo, de muchas preguntas. Como aquella que vi en una pancarta en la Plaza Nueva: '¿Por qué y Para qué?'

'Basta ya'

'Queremos libertad'

'No son vascos, son hijos de puta'

'Esos niños no están solos'

"Son las frases, los sentimientos que más de cincuenta mil sevillanos han expresado en la Plaza Nueva de esta ciudad.

Qué dura la noche que vivimos ayer y qué difícil presiento, la que tenemos hoy por delante.

Este es un programa que hacemos juntos cuando, de madrugada, cruzamos los puentes y venimos a esta isla. Ahí están, como siempre, ven y hablamos."

Fueron las primeras palabras de la emisión del viernes. Y los oyentes hablaron.

Juan Luis, desde el Puerto de Santa María, 'es indigno lo que ha pasado. No tiene sentido.'

José, desde la Coruña, mandaba un beso a los tres hijos de Alberto y Ascen.

Recuerdo aquel mensaje que nos llegó a través del puente del Correo Electrónico: 'ETA no quiere ni libertad ni democracia, solo quiere matar. Que las lágrimas de Soledad Becerril por su compañero y amigo sirvan para que en la ciudad de la Giralda, los criminales asesinos ahoguen su maldad en un llanto que hago mío'.

Las lágrimas de una mujer que, desde su responsabilidad, había pedido a 1998 'tranquilidad para Sevilla. Que no haya ninguna tragedia o desgracia.

Que no vivamos ningún salvaje atentado. Que no haya nada de eso y que la ciudad pueda vivir en calma'.

Desde el dolor puede y debe nacer la esperanza y la fe en el futuro, desafiando rencores y venganzas.

Por eso, en aquella madrugada del sábado, quisimos renovar la confianza en nosotros mismos, en los que creemos en la convivencia pacífica...

'Nuevamente,

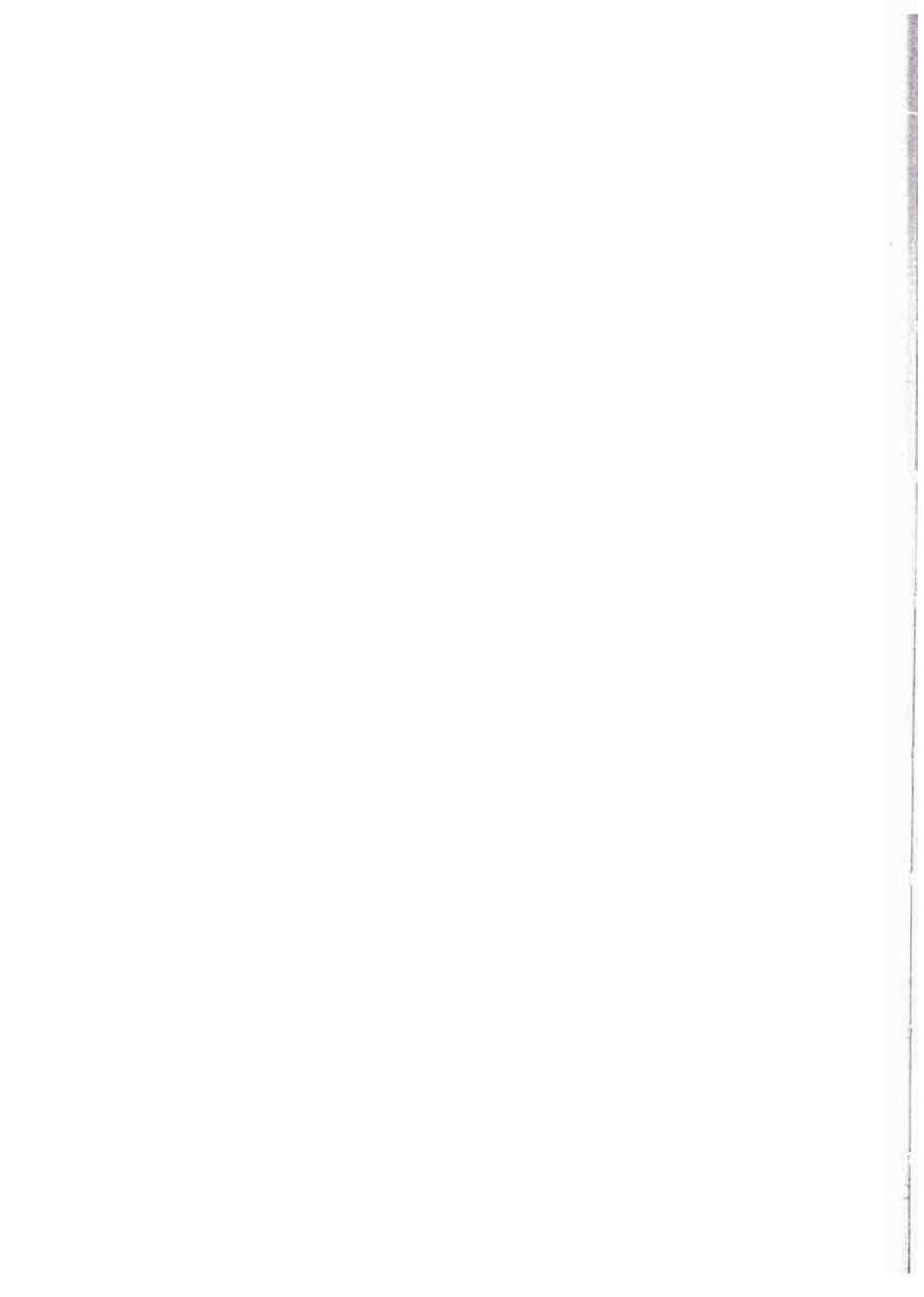
como sembrar en el campo viejo semilla nueva; como pescar en el mar de siempre con redes recién inauguradas; como despertar del sueño cotidiano con una vida ahora empezada.

Como nacer para morir una muerte distinta, al fin plena.

Nuevamente.

Todo nace de este esfuerzo por vivir o ser. Nuevamente nace el temblor y la vida: nace el amor'.

Cristóbal Cervantes
ONDA CERO
15 de febrero de 1998



INVIERNO CON UNA ESQUINA ROTA

El viento Sur se demora. El invierno ha sido largo y lluvioso. Termina con una esquina rota, quebrada y sangrienta y con un dolor compartido y extenso, demasiado amargo. A mí también me gustaban los días de lluvia. Me parecían días tristemente hermosos, plurales y limpios. Ahora ya no me gustan tanto. Los días de lluvia jamás consiguieron ponerme melancólico pese al halo de nostalgia que colgaban en la frente de muchos de los que estaban a mi lado, pero los augurios de estos días -ha sido un enero frío y desangelante, extraño- me dicen que el ruido de la lluvia fina y constante nunca más me devolverá a la infancia. Ya no es posible. Nos han hecho crecer a golpes: a tiros, en este caso. Y nos ha pasado a todos, incluso a los que, pese al paso inexorable del tiempo, en realidad nunca quisimos hacerlo, nunca quisimos crecer, siempre nos negamos a madurar. La primera aurora que ya no pudieron ver Alberto y Ascensión, la de la mañana en la que los mataron, fue seca, púrpura y violenta, extrañamente hermosa. Es curioso que a veces la muerte se mezcle con imágenes tan bellas. Después comenzó a diluviar y no ha parado en cuatro o cinco días. Ahora hay niebla. Sus cuerpos ya están enterrados, yertos, pero sus imágenes, sus rostros, aquellos gestos de infante desproporcionado que tenía Alberto, subiéndose los pantalones como un charlot afable y desmesurado, crecen con la distancia, engordan con la ausencia.

A Alberto le gustaban los relojes infantiles. Era un niño grande con tres hijos a su cargo y una mujer diminuta y sonriente que siempre cogía el teléfono. Ascensión siempre contestaba al cronista: fuera la hora que fuera, lunes o domingo. Si estaban en casa respondía a quien llamara. Otras veces salía un fax: ellos no estaban, pero siempre se oía algo. Nunca hubo silencio en aquella casa de Sanz y Fores. Alberto hablaba muchas veces desde el sofá, revoleado, tirado, bromeando. Él era así. Casi nunca hizo nada serio en su vida, lo que, lejos de ser un defecto, era una auténtica virtud. Su mejor

adjetivo: informal. Sabía que la vida se hace rotundamente amarga cuando uno sólo sabe tomársela demasiado en serio. La formalidad le horrorizaba. La corrección también. Probablemente su mayor virtud fue precisamente ésta: no volver nunca la cara a nadie ni ignorar a quienes sencillamente lo conocían por su nombre.

Es por eso que hay varias imágenes claras. Por ejemplo, Alberto entrando en la Catedral imbuido en su cargo de Concejal en un día solemne -los días de procesión en Sevilla son falsamente solemnes, pero quizás por eso los adora esta tierra- dejando el bastón municipal y las medallas por el suelo. Huía de los atributos del cargo y se venía a hablar con uno ignorando los obligatorios saludos a los prohombres y a la corte local. Desdeñaba a los tenores huecos y hacía de subversivo, aunque sólo fuera durante un rato, con el joven periodista, que por entonces era un cronista irreverente y probablemente rebelde, despeinado, un muchacho que escribía para ganarse la vida sobre sus cuentas, sus números, sus salidas de tono y sus relojes de colores. También sobre sus falsos flirteos con las ediles de la oposición, a las que trataba como si fueran tiernas muchachas en flor, como diría el clásico.

Definir a Alberto sería como asomarse a un caleidoscopio humano: presumido, díscolo, irreverente, despistado y nervioso, compulsivo. Apenas podía ocultar una filiación que nada tenía que ver con el rango social de su familia, sino que era ante todo propia, sencilla, humilde y cercana. Quizás esa filiación a ras de calle era la que le impulsaba a llegar tarde a las comisiones de gobierno del Ayuntamiento y entrar en ellas de forma abrupta, como haría un niño travieso al que la madre política -la Alcaldesa- escruta por su informalidad y su desahogo. Ese niño entraba en las votaciones de los plenos siempre tarde, votaba de pie y tiraba papeles arrugados al resto de concejales. Ese niño manejaba como si tal cosa un presupuesto de 90.000 millones de pesetas y, lejos de asistir a las recepciones oficiales durante la Feria, huía de todos y se emborrachaba con los amigos, que es lo único sensato que puede hacerse cuando se está de fiesta.

Ese niño ahora está muerto. También la mujer de la que se enamoró. La orfandad de sus hijos en realidad es la orfandad nuestra: la de todos los que le conocimos. Otra imagen nítida: Alberto en Vistahermosa, en el Puerto de Santa María, una de las playas más exquisitas de la costa gaditana, donde la gente compra el periódico con el móvil en la mano y mucho fijador en el pelo. Le regalan una camisa y se le ocurre probársela en mitad de un restaurante lleno de gente bien. "¡Alberto, que te están mirando!. "Pues que miren, a mí que más me da, Ascen, me encanta esta camisa".

La principal tendencia de los que sobrevivimos por casualidad o simple azar a una muerte repentina es convertir urgentemente en mitos a los caídos, a los que mueren de forma trágica y violenta, prematura. Sobre todo si son jóvenes. También ahora podemos caer en esta debilidad. La tentación existe, aunque lo más limpio y sincero que podemos hacer en este caso si queremos conservar la imagen de Alberto y Ascen tal y como eran es renunciar precisamente a esta costumbre. Convertirlos en mitos sería matarlos nosotros por segunda vez. Y basta con una. Mejor sería conservar para siempre el recuerdo auténtico de ambos, una evocación sin tarimas ni posters a todo color: un retrato llano de dos almas gemelas que nunca decían que no a nadie, que paseaban por la calle a cuerpo y que nunca miraron por encima del hombro a un semejante.

Ascen iba a la Audiencia a lidiar con los secretarios de juzgado. Alberto jugaba a las matemáticas locales y domésticas. Después se iban a bailar juntos. Hasta se apuntaron a clases de baile de salón con el afán y la ilusión casi de quien vuelve a la escuela por segunda vez. Alberto dejó un testamento que lo define mejor que cualquier palabra: un expediente oficial, con sus sellos y sus timbres, lleno de palotes y dibujos infantiles. La última vez que los ví a los dos juntos era por epifanía. Me dijeron que estaba muy gordo, que tenía que adelgazar. "Que sólo tienes 25 años, coño". Alberto me recomendó incluso a su médico. Quizás ahora les haga caso. Se lo debo.

Carlos Mármol
EL CORREO DE ANDALUCÍA
15 de febrero de 1998



COMPROMISO

Han pasado días, semanas ..., pasarán años, y seguiremos sin entender nada. Me piden desde el Excmo. Ayuntamiento de Sevilla que transmita en unas líneas lo que llevo horas describiendo en las ondas de Radio Sevilla. Lo podría hacer con cualquier hecho puntual de esta ciudad, pero ¿alguien cree que lo voy a saber hacer en esta ocasión? No es tan sencillo.

No es un relato periodístico; es un hecho que me ha llegado muy hondo, como a cualquier sevillano que lo ha sentido en sus propias carnes. La diferencia no es que conociera a Alberto como político simplemente, sino que además, he compartido con él y con Ascen experiencias, inquietudes, VIDA.

No soy ningún privilegiado. No sólomente hemos sido unos pocos los que hemos estado tomando copas con esta pareja que iba a todos lados siempre de la mano. Permítanme la expresión: "media" Sevilla ha estado con Alberto y con Ascen en alguna ocasión: en los actos institucionales del Ayuntamiento, en la proclamación de los Reyes Magos en la sede del Ateneo, en la feria, etc. Por eso los asesinaron. Eran vulnerables. Alberto y Ascen salían por Sevilla como si estuvieran en el salón de su casa. Sin protección, sin escolta, sin nada. Demasiado fácil para cualquier cobarde que asesina por la espalda. Por eso los mataron.

Han pasado días, semanas, y nada ha cambiado. Estamos donde estábamos antes de estas muertes inútiles. Entonces, ¿para qué? Son tan ignorantes que ni el que apretó el gatillo sabría contestar a esta cuestión. Tampoco les interesa. Han hecho del crimen un negocio y un "modus vivendi". El compromiso de los sevillanos de bien debe ser no olvidar. No podemos dejar que el paso del tiempo nos haga no recordar que dos hijos de Sevilla han sido asesinados inútilmente y que, al igual que los más de ochocientos muertos a manos de la banda terrorista ETA, han sido víctimas de la incomprensión y

de la intolerancia. Cuando los tres hijos de Alberto y Ascen sean mayores, deben seguir encontrando en todos nosotros claros signos de admiración, de respeto, pero sobre todo, de cariño. Será un honor decirles que conocimos a sus padres, y que, como decimos por aquí, eran trigo limpio, eran buena gente. Ese es mi compromiso y espero que también el de muchos más.

Salomón Hachuel
RADIO SEVILLA
15 de febrero de 1998

DEL NIÑO QUE NOS QUITARON

Escalofrío e Incredulidad. Esas fueron las dos sensaciones inmediatas con las que convivimos los profesionales de la radio sevillana en la mañana de ese Viernes Maldito, cuando el Terror dejó sembrada de flores la calle Don Remondo. El propio carácter inmediato del medio informativo nos permitió contar, que no explicar -porque la muerte no tiene explicación posible-, cómo iban transcurriendo los minutos y las emociones de un día en el que el cielo se abrió para llorar con una ciudad -y con toda España- por uno de sus servidores.

Entre apresuradas crónicas improvisadas, en esos segundos robados al vértigo de la información para poner en orden nuestras ideas y encontrar la mejor forma de expresarlas, yo sólo conseguía enfocar en mi interior la escena del día antes, tras la finalización del Pleno municipal, con un Alberto sonriente y relajado, contento porque al fin conseguiría, una semana después, sacar adelante unos presupuestos con dinero, mucho dinero, para que sus compañeros de gobierno emprendieran mejoras de la ciudad largamente anheladas. La misma felicidad que un año antes, cuando consiguió, a base de "retorcerle el brazo a los bancos", reducir la deuda municipal por debajo del 25%, lo que suponía para el Ayuntamiento no pedir permisos ajenos para cuadrar sus cuentas.

Qué tristeza infinita pensar esa mañana de viernes que Alberto había conseguido levantar, con el esfuerzo y la dedicación de sus mejores años, la "lápida" que pesaba sobre las arcas municipales, y que no conocería sus frutos porque unos emisarios del Terror habían decidido, en esa "valentía" que les caracteriza, sellar por la espalda con otra lápida su falta de miedo, su decisión por disfrutar las calles de la ciudad que él había contribuido a mejorar y su apuesta, sin horarios, por la democracia.

Pero una persona es recordada por sus obras. Y cuando tenga muchos años más me negaré a hablar -como en estos días- del Terror, de la Sinrazón o de la Intolerancia. Preferiré recordar -a quien desee escucharme- a un servidor público que sacaba sin prejuicios al niño que todos llevamos dentro y las ilusiones que nunca debemos perder. Que festejaba -y contaba, y explicaba...- un proyecto llegado a buen puerto, y que lo pasaba muy mal y se enfadaba cuando un titular de prensa dudaba de su buena voluntad, su honradez o su trabajo; que no le importaba mostrar que un Concejal es, por encima de todo, un vecino más, con las mismas necesidades y sentimientos de cualquier ser humano.

Quedará la persona y, de estos días terribles, me reservaré su triunfo póstumo. Un Pleno de Presupuestos en el que, más allá de las diferencias de criterio político para repartir el dinero municipal, hubo un silencio que lo congeló y una voz tratando de emerger de las lagrimas que condensó la ausencia impuesta. Era Montserrat Badía, su inmisericorde fiscalizadora desde la Oposición, con la que Alberto había mantenido los debates más acalorados que habían podido escuchar las muy nobles piedras de la Sala Capitular. Fuera de ella disfrutaban, por el contrario, de una excelente relación personal, como es habitual entre todos los Concejales sevillanos, sean del partido que sean. Sin duda, qué testimonio y qué lejanía con el comportamiento entre representantes públicos de otras instituciones que, a veces, olvidan a quién sirven y por quiénes están elegidos. De eso tampoco se olvidó nunca Alberto, apostando hasta el agotamiento por el diálogo, por intentar alcanzar un consenso -bien con sus socios de gobierno o con la Oposición- pues, como él decía, "al final, dinero no hay más que el que hay".

El Terror nos ha dejado tres huérfanos, pero también nos ha quitado a un niño grande y a la compañera que le ayudó a mantener esas inmensas ganas de apurar la vida con alegría e ilusión. Con ese sentimiento tan sevillano de poner buena cara hasta cuando nos pisan en la Madrugá del Viernes Santo, ésa por la que Alberto paseó su hábito macareno, tan distinta a esa otra de Viernes Maldito, en la que todos vestimos nuestra alma de negro ruán por quedarnos sin quien bien nos veló.

Qué sima en la que se precipitaban mis pensamientos esa mañana de viernes evocando al Alberto jubiloso que iba a officiar su primera boda como Concejal, su habitual estampa sin corbata y en mangas de camisa, o las ocasiones en que su sentido del humor sin cortapisas descubría mohines en el rostro de la Alcaldesa, de la que era principal punto de apoyo, sin necesidad de adulaciones o de aderezarle falsas realidades. Qué amargura refrescar la memoria cuando, nacido en La Calzada, besó el cielo como Alcalde de las

dos Cavas, desafiante, plantado ante el Mechero trianero para que le quitaran los toldos a Aníbal González, junto al Mercado que nunca verá renacer. Escalofríos que a muy temprana hora me producían sus propias palabras, enhebrando en la radio los "hilos de sangre y paz" del desencanto de Juan Sierra, cuyo espíritu alivió en sus últimos años del "frío mortal de la celeste primavera" la borrachera de azahar del Barrio León.

A pesar de todo, creo que Alberto y Ascen pudieron tener un momento de felicidad esa misma mañana, allí donde estuviesen. No hacían falta palabras o condecoraciones de homenaje a sus personas y, sobre todo, a lo que nos han legado, que es la puerta a nuestro futuro en paz y tolerancia. Para mí que les fue suficiente el silencio blanco de los sevillanos y el verse arropados en su último sueño juntos, como vivieron, con la bandera de todos nosotros, mereciendo como pocos lo que Alfonso X agradeció a la ciudad: NOMADEJA-DO. Sus hijos podrán decir con orgullo, "ellos a Sevilla y Sevilla a ellos, tampoco".

José Luis Jurado Hernández
RADIO NACIONAL DE ESPAÑA
15 de febrero de 1998

NUNCA HARÁ UN MES

Aun hoy queremos olvidar, nos da miedo porque dicen que sólo los que olvidan están obligados a repetir la historia y ahora nos culpamos de haber olvidado demasiado pronto a Miguel Ángel Blanco y a otros tantos, de no haber parado a tiempo el tiroteo de las discusiones políticas y haber tenido que padecer la cercana repetición del susto, la incredulidad, las lágrimas, el odio y el dolor.

Llegaron las tardes cálidas de Sevilla, esas que dicen que todo lo curan, y paseando vemos como montan un stand en la Plaza de San Francisco. Nos piden que miremos al País Vasco sin pensar en los que matan, muchos nos hemos preguntado si esta historia se podría haber escrito alguna vez al revés. Y es que unos días antes de ahora hace 30, recuerda, nos dijeron que el problema del terrorismo era sólo de los vascos, que poco tiempo íbamos a tardar en comprobar que las consecuencias eran de todos.

En aquellos días, el arzobispo aseguraba que no podíamos renunciar a la justicia y es que, haber renunciado a vosotros, ya era demasiado.

Aun hoy abrimos el periódico y siguen cayendo los homenajes y los recuerdos. Pasa el tiempo, poco para mitigar el dolor de los más cercanos y mucho para mantener el fuego de todos los que se echaron a la calle para buscar bajo la lluvia el consuelo a tanta injusticia.

Miro el calendario y observo con satisfacción que nunca hará un mes, que nunca existirá el fatídico 30 de febrero, ojala nunca hubiera hecho tampoco un año, ni un día, ni una semana, ni una hora, nunca.

Araceli Limón
CANAL SUR RADIO
27 de febrero de 1998

INDICE

	<u>PAGINA</u>
DECRETOS Y ACTOS MUNICIPALES	
Decreto de la Alcaldía por el que se declaran dos días de luto en la Ciudad y se convoca Pleno Extraordinario	9
Propuesta de la Alcaldía, aprobada por unanimidad de la Corporación Municipal de concesión de la Medalla de la Ciudad, a título póstumo, a Alberto Jiménez-Becerril Barrio y Ascensión García Ortiz	11
Intervenciones en el Pleno Municipal:	
Luis Pizarro Fernández, Portavoz del Grupo IU-LV-CA	13
José María Romero Calero, Portavoz Adjunto del Grupo PSOE-A ..	15
Alejandro Rojas-Marcos de la Viesca, Portavoz del Grupo PA ...	17
Carmen Diz García, Portavoz Adjunta del Grupo PP	19
Soledad Becerril Bustamante, Alcaldesa de Sevilla	21
Intervención de la Alcaldesa en el acto de imposición de las medallas de la Ciudad, a título póstumo, a Alberto Jiménez-Becerril Barrio y Ascensión García Ortiz	23
Bando de la Alcaldía	25
Intervención de la Alcaldesa de Sevilla, desde el balcón principal del Ayuntamiento, tras la manifestación	27
FUNERAL EN LA CATEDRAL	
Homilía del señor Arzobispo de Sevilla	33

Mensaje de la Secretaría de Estado del Vaticano	37
ARTÍCULOS Y OPINIONES	
Francisco Giménez Alemán (ABC, 31 de enero de 1998)	
<i>Tantos como Alberto</i>	41
Tomás Balbontín (ABC, 31 de enero de 1998)	
<i>Alberto, siempre en el corazón de Sevilla</i>	45
Francisco Correal (El País, 31 de enero de 1998)	
<i>Un joven veterano de la política</i>	47
Fernando Iwasaki (El País, 31 de enero de 1998)	
<i>Ascensión de Alberto</i>	51
Francisco Javier Recio (El Mundo, 31 de enero de 1998)	
<i>La generación del 87</i>	53
Javier Rubio (El Mundo, 31 de enero de 1998)	
<i>El rostro de la muerte</i>	55
Antonio Fontán (El Mundo 31 de enero de 1998)	
<i>El gestor más eficaz</i>	57
Teresa López Pavón (El Mundo 31 de enero de 1998)	
<i>El concejal que tenía respuesta para todo</i>	59
Antonio Avendaño (El Correo de Andalucía, 31 de enero de 1998)	
<i>Letanía de los errores</i>	63
Antonio García Barbeito (El Correo de Andalucía, 31 de enero de 1998)	
<i>Después del plomo</i>	65
Jesús Martínez Sosa (Sevilla Información, 31 de enero de 1998)	
<i>Dolor, rabia y tres niños</i>	69
María José Carmona (ABC, 1 de febrero de 1998)	
<i>Sevilla los despidió llorando</i>	71
<i>Llanto en los ojos de una dama</i> (ABC, 1 de febrero de 1998)	75
Victor Márquez Reviriego (ABC, 1 de febrero de 1998)	
<i>Ciudad Eterna</i>	77
Benito Fernández (ABC, 1 de febrero de 1998)	
<i>Los derechos de las ratas</i>	79
Manuel Martín Ferrand (ABC, 1 de febrero de 1998)	
<i>Clases de llanto</i>	83

Miguel Ángel Loma Pérez (ABC, 1 de febrero de 1998. Cartas al Director)	
<i>Carta a Ascen</i>	85
José Antonio Gómez Marín (El Mundo, 1 de febrero de 1998)	
<i>Con un pie en el vacío</i>	87
Manuel Juliá (El Mundo, 1 de febrero de 1998)	
<i>Viernes triste</i>	89
Pilar Cernuda (El Correo de Andalucía, 1 de febrero de 1998)	
<i>Tres niños huérfanos</i>	91
<i>El espíritu de Sevilla</i> (El Correo de Andalucía, 1 de febrero de 1998)	93
Francisco Gil Chaparro (El Correo de Andalucía, 1 de febrero de 1998)	
<i>Alberto y Ascensión</i>	95
Juan Luis Pavón (ABC, 2 de febrero de 1998)	
<i>Otro lunes</i>	97
Carlos Colón (El País, 2 de febrero de 1998)	
<i>No me ha dejado</i>	99
Pablo Ordaz (El País, 2 de febrero de 1998)	
<i>Tres niños solos</i>	101
Antonio Burgos (El Mundo, 2 de febrero de 1998)	
<i>A Soledad Becerril, con orgullo</i>	105
Rafael García Ortiz (ABC, 3 de febrero de 1998)	
<i>Para mi hermana Asen</i>	107
Manuel Barrios (ABC, 3 de febrero de 1998)	
<i>Con dolor y con rabia</i>	109
Ángel Pérez Guerra (ABC, 3 de febrero de 1998)	
<i>Más adustos</i>	111
Ignacio Camacho (El Mundo, 3 de febrero de 1998)	
<i>Contra el olvido</i>	113
Manolo Rodríguez (Radio Voz, 4 de febrero de 1998)	
<i>El Folio</i>	115
Jaime Bretón Besnier (ABC, 5 de febrero de 1998)	
<i>Recuerdos imborrables</i>	117
Antonio Martín Iglesias (Carta al Director. ABC, 6 de febrero de 1998)	
<i>El dolor</i>	119

Soledad Becerril Bustamante (ABC, 12 de febrero de 1998)	
<i>Ciudadanos ejemplares</i>	121
Cristóbal Cervantes (Onda Cero, 15 de febrero de 1998)	
<i>La noche rota</i>	125
Carlos Mármol (El Correo de Andalucía, 15 de febrero de 1998)	
<i>Invierno con una esquina rota</i>	129
Salomón Hachuel (Radio Sevilla, 15 de febrero de 1998)	
<i>Compromiso</i>	133
José Luis Jurado (Radio Nacional de España, 15 de febrero de 1998)	
<i>Del niño que nos quitaron</i>	135
Araceli Limón (Canal Sur Radio, 27 de febrero de 1998)	
<i>Nunca hará un mes</i>	139

